

**UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN
FACULTAD DE EDUCACIÓN
PEDAGOGÍA EN ESPAÑOL**



**HIJO DE LADRÓN: UNA APROXIMACIÓN AL
SENTIMIENTO NOSTÁLGICO**

SEMINARIO PARA OPTAR AL GRADO DE LICENCIADO EN EDUCACIÓN

Prof. Guía: Dr. Juan D. Cid Hidalgo

Seminarista: Alejandra Quiroga Mellado

Concepción, 2017

Resumen

La presente investigación propone el estudio de *Hijo de ladrón* (1951) desde una perspectiva más humana. Manuel Rojas, desde sus primeras páginas, nos entregó a un personaje inolvidable llamado Aniceto Hevia que se caracterizó por la singular manera de relatar su historia en comparación al uso de los tiempos narrativos de ese entonces, generando constantes saltos al pasado que lo transportan a la infancia y familia, siendo éstas las principales causas de la existencia de una nostalgia temporal y social en el protagonista.

Palabras claves: Aniceto Hevia, nostalgia, infancia, casa, familia.



Índice

AGRADECIMIENTOS	4
INTRODUCCIÓN: Cuestiones preliminares.....	5
CAPÍTULO I:	
Aproximaciones y perspectivas nostálgicas.....	12
1. Acercamientos al concepto de nostalgia.....	13
2. Acerca de la nostalgia: perspectivas.....	15
3. Nostalgia: tiempo y memoria	19
CAPÍTULO II:	
Sentimiento de pérdida en la infancia.....	25
CAPÍTULO III:	
Casa y familia: un espacio memorial.....	42
1. La casa: nostalgia, memoria, futuro.....	43
2. La herida familiar.....	51
2.1 La madre como símbolo de seguridad, protección y abrigo.	53
2.2 El padre: herencias de una herida	57
2.3 Solos y como puedan	63
CONCLUSIÓN: Cierre y proyecciones	67
BIBLIOGRAFÍA	71

AGRADECIMIENTOS

A todos los que de algún u otro modo estuvieron, a mi familia, a mis sueños, y a todo aquel sentimiento nostálgico que alguna vez cargué en mi espalda.



INTRODUCCIÓN: Cuestiones preliminares

Hijo de ladrón: una aproximación al sentimiento nostálgico es el nombre del trabajo de investigación que da por finalizada nuestra formación de pregrado. Con él nos hemos propuesto realizar un análisis que considera el sentimiento de la nostalgia como elemento central en la configuración de Aniceto Hevia el protagonista de la novela de Manuel Rojas escrita en 1951.

La siguiente investigación tiene como interés y motivación asediar uno de los grandes clásicos de la literatura chilena. *Hijo de Ladrón* (1951), desde su aparición, entregó a los lectores un personaje inolvidable llamado Aniceto Hevia, que se caracterizó por la singular manera de relatar su historia en comparación al uso de los tiempos narrativos de ese entonces, transformándose así en una de las novelas claves en toda Latinoamérica y que hoy merece estar vigente y actualizada ante los ojos de las nuevas generaciones, tanto por la maestría de su factura, como por las ideas que recorren sus páginas. Simbólicamente Manuel Rojas nos motiva a leer y escribir a partir del lugar que nos tocó vivir: desde la soledad, la pobreza, la cárcel, desde la infancia y la amistad y desde el deseo de libertad. Desde nuestra historia particular,

esa misma que acarreamos como seres humanos tantas veces frágiles, rotos y de rostros difusos.

Hijo de ladrón es una novela del escritor chileno Manuel Rojas (1896-1973) publicada en 1951. En una primera instancia, esta obra fue presentada en el concurso literario de la Sociedad de Escritores de Chile de 1950 bajo el nombre de *Tiempo irremediable*¹, ganando solo una mención honrosa. Un año más tarde, Rojas reescribió algunas partes para ser publicada finalmente por la editorial Nascimento bajo el nombre de *Hijo de Ladrón*. En la actualidad, publicada hace más de 60 años, *Hijo de ladrón* ha sido traducida al alemán, inglés, francés, chino y ruso, entre otros idiomas.

La principal peculiaridad de esta obra es su estructura no lineal en el orden de los acontecimientos. El personaje principal, Aniceto Hevia, nos relata los hechos que marcaron su infancia y adolescencia desde su memoria carente de orden cronológico. La historia cuenta con cuatro partes que dejan ver hechos sucedidos a lo largo de casi dos décadas, materializando la infancia a través de un padre profesionalmente ladrón y concretando su adultez con ausencias familiares y afectivas, lo que repercute en un futuro poco prometedor.

La novela comienza con la salida de Aniceto Hevia desde la cárcel de Valparaíso, tras ser procesado por un supuesto robo a una joyería junto con otros asaltantes. Posteriormente a ser liberado, Aniceto comienza a narrar cómo y por qué

¹ *Tiempo Irremediable*, Manuel Rojas. Memoria Chilena.

llegó hasta ahí, insistiendo en que no es mucho lo que recuerda y describiendo su niñez como una etapa, pese a todo, feliz junto a sus padres y hermanos, que, muy por el contrario, en la adolescencia-adulthood funciona como una larga, triste y amarga existencia que se ve materializada con una herida en uno de sus pulmones.

Cabe señalar que, en la obra de Manuel Rojas, existe un elemento recurrente en sus líneas que tiene directa relación con los hechos que marcaron su infancia y adultez, y que se encuentra en el centro del interés de esta investigación: la nostalgia.

Los personajes literarios no son una construcción alejada del individuo real, aunque autónomos establecen conexiones con el mundo real gracias a sus emociones, deseos y conflictos, a la verosimilitud configurada por el texto. Por lo tanto, ellos incorporan, muchas veces como eje central de su existencia el sentimiento nostálgico. Un sentimiento marginado de la felicidad que se da muchas veces a causa de la soledad, desilusión, injusticias, etc., y que se manifiesta a partir de un obsesivo deseo y búsqueda por algo perdido o nunca existente, imposible de alcanzar, y que, por lo tanto, jamás puede resignarse. En otras palabras, es un sentimiento presente en el ser humano y que como sujetos -literarios o reales- jamás podemos escapar de ella, porque si bien puede existir en distintos niveles o por diferentes factores, la nostalgia a todos nos ha hecho sentir exiliados de la felicidad.

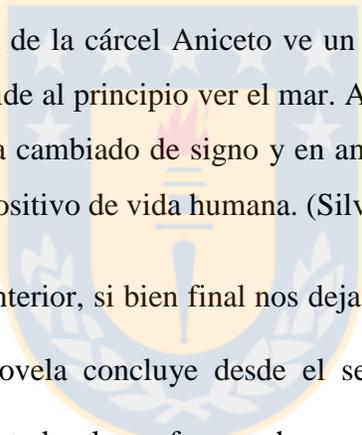
Es por ello que, esta investigación tiene como hipótesis que la infancia y familia de Aniceto Hevia son las principales causas de la existencia de una nostalgia temporal y social en el protagonista. Si bien estos elementos no se pueden fichar

tangiblemente -en acciones- sí se pueden percibir desde el constante recuerdo de Aniceto hacia su infancia y familia. Por ejemplo, cuando el protagonista después de golpear al marido de Bartola (Isaías), viene a su memoria una infancia feliz, con hermanos y padres que hacían de su vida un sostén y una base. O el recuerdo de la madre y la casa que se viene a la memoria después de pasar enfermo en prisión. En este sentido, la narración está en constante alternancia de tiempos para poder entregar al lector la riqueza humana que posee el protagonista a través de los recuerdos que van complementando el ahora del éste, y que se hacen presentes en la memoria de forma intermitente, puesto que son gatillados por los estímulos externos ya mencionados. En otras palabras, la mayor presencia de los recuerdos felices de Aniceto se da en los momentos de crisis (como en la enfermedad, soledad, peleas, falta de confianza, ánimo, etc.), con el fin de enrostrar y evadir el doloroso presente que impide valorarse y tener esperanza alguna de salir de estos estados.

Los recuerdos se comportan entonces como la única forma que da aliento al protagonista para cambiar su presente y afrontar su porvenir. En cuanto a esto último, el final que ofrece la obra es una especie de ilusión, ya que después de tanto presente doloroso, Aniceto pareciese que logra su autoformación al final de la novela² justo cuando ella termina. Nosotros, como lectores, no somos testigos de ello, porque el texto ha terminado, sin embargo, hay indicios de apoyan la idea del cambio, de la felicidad venidera, como por ejemplo, cuando el protagonista junto a sus dos amigos

² Rodríguez Fontela, María de los Ángeles. (1996). *La novela de autoformación: una aproximación teórica e histórica al "Bildungsroman" desde la narrativa hispánica*. Kassel: Universidad de Oviedo Edition Reichenberg. pp. 47 y 48.

se marcha con el fin de encontrar nuevas oportunidades de trabajo y ninguno de ellos mira hacia atrás. O si se quiere precisar más, el proyecto de autoformación se comporta de manera simbólica en el texto cuando, por una parte, uno de los personajes tiene deseos de pintar una muralla de color azul, identificable por su color con el mar y por lo tanto con la libertad, y, por otra parte, el deseo que tiene Aniceto por pintar una ventana abierta de color blanco como símbolo de nuevas oportunidades y comienzos. Al respecto, Raúl Silva-Cáceres, en el prólogo de la novela *Hijo de Ladrón* explica:



A la salida de la cárcel Aniceto ve un muro (llamado murete por él), que le impide al principio ver el mar. Al final del recorrido esta visión negativa ha cambiado de signo y en ambos casos se identifica con un proyecto positivo de vida humana. (Silva-Cáceres, 2001: 29)³

En relación a lo anterior, si bien final nos deja la insatisfacción de no saber lo que pasó más allá, la novela concluye desde el sentido coherente a la vida del protagonista. Vale decir, todos los esfuerzos humanamente realizados por Aniceto tuvieron como consecuencia un aprendizaje de todo lo vivido, y que, como lectores, era lo mínimo de ilusión que podíamos tener.

Estos y otros hechos son los que se pretenden estudiar, analizar y comprobar a lo largo de esta investigación en el lapso de un semestre y que tiene como objetivo conocer la obra en cuestión desde una perspectiva más humana y bajo el sentimiento

³ Rojas, Manuel (1951). *Hijo de ladrón*. Edición de Raúl Silva-Cáceres, 2001. Madrid: Cátedra. Las citas en el texto están tomadas de esta edición.

de la nostalgia para comprenderla en su complejidad y en sus matices. Para finalizar, se busca una síntesis y evaluación respecto al tema estudiado, dando pie a que las ideas desarrolladas incentiven la continuidad de estas o se creen otras nuevas.

La vigencia de la novela de Rojas nos motiva a revisitarla a partir del estudio de las imágenes de la nostalgia que se traslucen en sus líneas y que generan un ruidoso contraste entre el sujeto que encarna la nostalgia y las circunstancias en las que ésta nace, las cuales están en sintonía con el mundo que hoy nos caracteriza, un siglo XXI lleno de soledad, desencanto, pobreza e injusticia. Por ello, simbólicamente Manuel Rojas nos estimula a leer y escribir a partir del lugar que nos tocó vivir: desde la soledad, la pobreza, la cárcel, desde la infancia y la amistad y desde el deseo de libertad. En suma, la presente investigación busca hacer un homenaje de alto y arduo trabajo para un escritor imprescindible el cual merece que lo leamos y estudiemos más aún por su extrema capacidad de significar y que de mantenerse vigente a pesar de las modas y el olvido.

Este estudio se organiza en tres capítulos. El primero, describe en términos generales la novela desde la historia, sus peculiaridades y argumentos. Luego, indagamos sobre el concepto en cuestión desde su etimología y trascendencia histórica, comprendiéndolo como un sentimiento de carácter universal, existencial y cultural. Más adelante, se manifiestan las distintas perspectivas de la nostalgia, pasando por distintas áreas (filosofía, narrativa, poesía), y finalmente, se da lugar a la memoria y el tiempo en un sentimiento que nos obliga a recordar ciertos sucesos de una manera selectiva e intencionada.

El segundo capítulo explica cómo se manifiesta el sentimiento de pérdida en la infancia, y cómo los recuerdos condicionan al protagonista en su presente poco esperanzador. En este sentido, la infancia se percibe como un momento digno de ocupar en la memoria, puesto que despierta ese tiempo pasado como un paraíso lleno de promesas. Durante el análisis nos detendremos en momentos clave, como lo es la primera detención de Aniceto a los once años, la herida en el pulmón y desde el aprendizaje que va teniendo gracias a su experiencia y a “El Filósofo”.

En el tercer capítulo proponemos reflexionar sobre la memoria a partir de los elementos trabajados en la novela: la casa y la familia. Inicialmente, el análisis tiene relación con la materialización de la memoria en los espacios físicos, vale decir, el lugar que ocupa “la casa” en la memoria del protagonista. En segundo lugar, el sentimiento nostálgico presente en Aniceto al recordar su familia, y cómo ésta lo condiciona en su presente. Ambos espacios memoriales van configurando el aprendizaje de Aniceto.

Por último, en las conclusiones de la investigación, se tenderán puentes entre los objetivos y los resultados de la investigación, como de materias que podrían estudiarse más adelante a partir de esta breve incursión acerca de la nostalgia en la novela de Manuel Rojas. Esperamos que *Hijo de ladrón: una aproximación al sentimiento nostálgico* sirva para evaluar y volver a pasar por el corazón los clásicos chilenos que tanto hemos olvidado.



CAPÍTULO I:
Aproximaciones y perspectivas nostálgicas

A continuación, entonces, comenzaremos con el asedio al concepto de nostalgia y a esas otras ideas que van haciendo bloque con ella para ir acotando la manera en que puede servirnos de herramienta para ingresar al análisis de la obra que Manuel Rojas nos testamentara.

1. Acercamientos al concepto de nostalgia

Definir un estado tan íntimo del ser humano resulta una tarea sumamente compleja, más aún si este estado es absolutamente universal y tiene estrecha relación con un pasado tan propio y único que vive cada corazón a través del correr de los años. Sin embargo, en adelante intentaremos hacer un recorrido serio, complejo y sustentado teóricamente sobre el concepto de *nostalgia*.

Etimológicamente hablando, *nostalgia* nace de las palabras griegas *nóstos* y *álgos*, regreso y dolor, respectivamente. Es decir, en términos más concretos, es el dolor que se siente por el deseo de regresar. De esta palabra, acuñada a mediados del siglo XIX, nace su derivación en 1884 de *nostálgico* como adjetivo, que, según el Primer Diccionario General Etimológico de la Lengua Española, se entiende como todo aquel que padece la “dolencia ocasionada por la pena de verse ausente de la patria o de los deudos y amigos” (Roque Barcia, 1979: 939).

Desde la perspectiva histórica de la palabra, si bien el concepto aparece en la DRAE de 1884, ya está recogida en el diccionario de Nuñez de Taboada (1825) que la define como la “inclinación violenta obligada a los que se han expatriado a volverse a su país” (citado por Marina y López, 1999: 140). José Antonio Marina y

Marisa López Pena en este sentido nos exponen que a mediados de ese siglo el concepto:

Se ha hecho aún más violento y enfermizo: Domínguez⁴ no duda en considerarlo «una especie de enfermedad causada por un deseo violento de volver a la patria, al país natal. El nostálgico comienza a sentir un decaimiento y tristeza que le consume lentamente, después suele presentarse una fiebre hética que conduce por lo regular a la muerte». El Diccionario Enciclopédico de 1853 añade que se caracteriza por «una demacración lenta y una calentura que muchas veces puede producir la muerte» (1999: 140).

Los mencionados autores presentan la *nostalgia* dentro de la categoría de **sentimiento**. Y cada sentir, es decir, el estar implicada la relación de mí yo con algo (Agnes Heller, 1989: 15), pertenece a una familia léxica no necesariamente aislada, es decir, que hay elementos comunes entre estas familias que en algún momento se juntan o agrupan. En este sentido, nostalgia y añoranza forman una agrupación, y junto a palabras como melancolía, tristeza, desamparo y compasión, forman una tribu que se cataloga como “sentimientos de pérdida”. Pero, ¿qué quiere decir sentimientos de pérdida? José Antonio Marina y Marisa López Pena en su *Diccionario de los sentimientos* (1999), hacen el alcance que todos los sentimientos se experimentan en presente, sin embargo, el desencadenante puede ser un hecho en pasado, presente o futuro. Respondiendo a la pregunta entonces, un sentimiento de pérdida hace alusión al recuerdo de un hecho pasado que ya no está, actuando como lejano junto a los seres

⁴ En 1846 aparece *Diccionario nacional o gran diccionario clásico de la lengua española*, escrito por Ramón Joaquín Domínguez, filólogo y político español, nacido en Verín, Orense, en 1811.

y lugares queridos, provocando un sentimiento negativo acompañado de deseos de regresar junto a ellos y que, por ende, la palabra “alegría” actúa como un antónimo directo.

Recapitulando todo lo anteriormente dicho, un sentimiento penoso por una pérdida es de carácter universal, por ende, la nostalgia no es ajena a nuestra existencia, aun así, en cada cultura y en cada momento histórico adquiriera un sentido distinto. Somos seres esencialmente nostálgicos, ya que constantemente sentimos tristeza por el recuerdo y añoranza de un pasado que cada vez está más lejos y que cada vez nos produce más dolor. Este dolor, “es propio de las relaciones humanas en todas sus formas. Significa que en esa relación algo falla” (Agnes Heller, 1989: 301). Es un aspecto inevitable en la vida humana, puesto que esa falla dentro del concepto es el tiempo, ya que el deseo o añoranza con el tiempo no están en sintonía, produciendo como resultado una constante dolencia.

2. Acerca de la nostalgia: perspectivas

En la literatura, el concepto de nostalgia se hace presente, si bien no de manera explícita, sí con alusiones en relación a ella en distintas teorías. Una de ellas, por ejemplo, es la que hace Nicolás Shumway, en “La nación hispanoamericana como proyecto racional y nostalgia mitológica: algunos ejemplos de la poesía” (1997), en donde menciona que las naciones revelan una fuerte nostalgia por las viejas mitologías (63). En este sentido, una identidad colectiva se parece mucho más

a una historia mitológica que al origen propiamente tal, y, por ende, al momento de intentar recuperar lo perdido lo hace desde la mirada de un pasado mítico. Esta manifestación de un origen divino o de una familia sagrada hacen que una nación más allá de ser un proyecto racional, siempre va a requerir de la fuerza de los mitos tribalistas para sobrevivir, como, por ejemplo, la mitología de un Dios, o al indígena que nació y perteneció al suelo americano.

Otra de ellas, hace alusión a la filosofía. Pilar Gilardi en su artículo “A propósito de la filosofía, la nostalgia y el dolor: una aproximación a Heidegger y Novalis” (2012) expone la fuerte relación existente entre la filosofía y la nostalgia desde el punto de vistas de ambos autores. Por una parte, Novalis considera la filosofía como nostalgia, puesto que no puede entenderse como teoría, sí como acción, ya que no es “saber sobre algo”, sino que es “algo donde acontece un pronunciamiento último y una conversación a solas del hombre” (79). Heidegger, por otra parte, retoma la definición de filosofía hecha por Novalis, y lo hace tomado de la mano desde un estado de ánimo, puesto que, para él, estos temples de ánimo son algo que nos condiciona por entero en nuestro estar en el mundo. Ahora bien, como la nostalgia es un estado que se define como el “impulso de estar en todas partes en casa” (82) es sinónimo de acción y deseo. ¿Cuál es el deseo de la filosofía? ¿Qué relación existe entre ambos conceptos? ¿Qué es lo que se desea y no se tiene?

De tal forma, si la filosofía es nostalgia, un impulso de querer estar en todas partes en casa, es porque no estamos en ella. El filósofo reconoce que así es: “la filosofía sólo puede ser tal impulso si

nosotros, que filosofamos, no estamos en todas partes en casa”. [...] En este sentido es deseo. Un deseo que es imposible lograr, quizá por eso es nostalgia. Ésta es una mirada al pasado, al tiempo perdido (Gilardi, 2012: 82).

La autora, además, vincula este temple de ánimo con el tiempo y la ausencia, y hace hincapié en la diferencia entre nostalgia y melancolía, ya que suelen confundirse, y que aclara que, si bien ambas parten de una tristeza profunda y duradera, la gran diferencia es el vínculo directo que existe entre nostalgia y tiempo perdido, que, muy por el contrario, la melancolía es la tristeza en el presente. La nostalgia no se expulsa de sí, es más bien una pérdida que no se quiere dejar en el olvido, es añoranza que no busca saciarse. La filosofía nos recuerda que somos frágiles en la medida en que representa nuestra inquietud originaria, y eso nos produce dolor. Dolor y deseo radical de ese anhelo que no puede cumplirse. Podríamos decir, que tanto Heidegger como Novalis (aunque Heidegger no lo afirme de manera explícita), el dolor posee una función reveladora: nos mantiene presente la ausencia e impide el olvido.

Sin dejar de lado la filosofía, Georg Lukács, filósofo y crítico literario húngaro, nos describe la nostalgia como siempre callada, con forma de máscara. Nos vuelve a lo mitológico, a cuando Zeus nos partió por la mitad, y así la nostalgia y el amor son la búsqueda de la propia mitad perdida. Al respecto, Lukács en “Nostalgia y forma” señala:

La nostalgia vincula a los desiguales, pero aniquila al mismo tiempo toda esperanza de ser uno; ser uno es encontrar la patria, y la verdadera nostalgia no ha tenido nunca patria. La nostalgia forma su patria perdida con intensos sueños de su último abandono, y todo el contenido de su vida es una búsqueda de los caminos que puedes llevar allí (Lukács, 1911: 155).

Con el sustento teórico expuesto sobre la nostalgia, el camino para llegar a Rojas desde esta perspectiva, ya no está tan lejano, ni él al momento de escribir en “Imágenes de Buenos Aires. Barrio Boedo” (1931): “fijar fuera de mí... los recuerdos de una época de mi vida y la vida de mi ciudad natal.” (citado por Concha en “Robar, trabajar, jugar en el primer Manuel Rojas” 2004: 95). Tal fotografía de otro tiempo de la ciudad no habla más que del deseo de recuperar aquel recuerdo y dar nacimiento a la memoria colectiva. Para el sociólogo francés Maurice Halbwachs, los ámbitos colectivos más relevantes implicados en la construcción de la memoria son la familia, la religión y la clase social. Así, según este autor, en su libro *La memoria colectiva* publicado en 1950, los individuos articulan su memoria en función de su pertenencia a una familia, una religión o una clase social determinada.

Siguiendo la línea, Alicia Genovese (citado en “Manuel Rojas y la novela: las formas de representar del pasado y la experiencia”, 2014) apunta a la capacidad que tiene la memoria, en términos literarios por medio de la poesía y/o la narrativa, para recuperar e incluso construir realidades. En este sentido, Manuel Rojas hace este ejercicio a través de su capacidad y técnica narrativa, ya que los constantes saltos al pasado representan la necesidad del protagonista por rememorar ese tiempo perdido.

Esta propuesta no es muy distinta a lo que el propio Manuel Rojas describió desde su política, puesto que excluye todo socialismo que hace propaganda, que mejora situaciones económicas o que dirige con aire de grandeza y propone un socialismo como principio moral, y tal principio moral siempre va de la mano con una propuesta humana. Desea el socialismo exclusivamente porque su conciencia moral le dice que es necesario la humanidad que se vincula con los sentimientos. Así, su narrativa juega con la temporalidad de lo representado, marcando un pasado irrecuperable y despertando la nostalgia.

3. Nostalgia: tiempo y memoria

La nostalgia se construye a través del pasado, puesto que el dolor que se siente por el deseo de regresar se hace desde una mirada de pérdida y anhelo que existió en su momento, y que en el tiempo presente se ausenta. Es por ello que, cuando sentimos nostalgia, acudimos a dos conceptos que están estrechamente relacionados con este sentimiento: tiempo y memoria.

El tiempo, por una parte, no es necesariamente histórico, sino que, a través de su ficcionalización existen pasados posibles, ya que la memoria va reelaborando y rememorando los sucesos en cuanto a posibilidades, es decir, de todo aquello que “podría haber pasado”. Cabe destacar entonces, que la nostalgia es selectiva, puesto que la memoria al momento de hacer su trabajo, lo hace siempre desde el prefijo “re”,

vale decir que, a través de la repetición de ciertos sucesos elegidos -forzosamente- por la memoria al recordar.

Esta obligación a recordar ciertos sucesos se da de una manera selectiva, es decir, intencionada. Este interés por registrar y coleccionar escenas memoriales va conformando una especie de archivo (entendiéndose como un documento ordenado y clasificado) que busca la re-construcción de un relato a través de los propios intereses de quien los ordena y que van en directa relación con la actividad de selección. En otras palabras, vamos montando escenas, ya sea escogiendo o eliminando (Derrida, 2001) por la necesidad de construir nuestra propia narración, dando espacios a elementos que no tuvieron lugar en su momento y que ahora valen en un porvenir, como, por ejemplo, el interés que tiene Aniceto en relación a la esperanza. La memoria es ese relato, y cuando se modifica trabajando una escena, se busca poner de manifiesto un principio de autoridad en el trabajo con archivos memoriales. En este sentido, Jacques Derrida en “El cine y sus fantasmas” (2001) dice que “El archivo es una violenta iniciativa de autoridad, de poder, es una toma de poder para el porvenir, pre-ocupa el porvenir; confisca el pasado, el presente y el porvenir. Sabemos muy bien que no hay archivos inocentes” (web).

En la novela, la memoria surge como autoritaria e intencionalmente provocada por el protagonista, ya que “la archivación produce, tanto como registra, el acontecimiento” (Derrida, 1997: 24), y que, en conclusión, oscilamos entre los hechos que realmente pasaron y las ficciones creadas gracias a la memoria.

Por otra parte, en el tiempo de la nostalgia, lo espacial (acá/allá) se extiende a una relación temporal (antes/ahora, ayer/hoy), puesto que, este sentimiento según Darío Rodríguez⁵, “surge originalmente como un problema del espacio, de las personas que se ven obligadas a salir de sus hogares, se transforma luego en un problema del tiempo” (citado por Muñoz, 2007: 115).

En cuanto a la memoria, esta intenta recordar minuciosamente todos los sucesos que dan paso a este sentimiento, sin embargo, no siempre es capaz de recordar detalladamente los acontecimientos, dando lugar así a la fantasía para que ésta llene los vacíos existentes. O dicho en palabras de Rodríguez, “la nostalgia es una reconstrucción del pasado, la cual se basa tanto en la memoria como en la ficción” (citado en Muñoz, 2007: 113). Porque si bien lo que vemos hoy se sitúa dentro del contexto de los recuerdos antiguos, estos se van adaptando a las percepciones actuales, reconstruyéndolos con el fin de reconocerlos.

En este sentido, según Halbwachs (1950), nuestra impresión no solo se basa en nuestros recuerdos, sino que también en los de los demás, aun cuando se trate de hechos en los que hemos estado implicados nosotros solos. Cada uno recuerda a condición de situarse en el punto de vista de uno o varios grupos y colocarse en corrientes de pensamientos colectivos, ya que por naturaleza somos seres sociales y porque en ningún momento hemos dejado de estar encerrados en alguna sociedad. Por ello, al recordar, acudimos a otras personas y la memoria individual se entrega a la

⁵ Sociólogo y doctor de la Universidad de Bielefeld, Alemania. Actualmente académico de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Referencia: Rodríguez, Darío. 1990. “Acerca de la Nostalgia”. *Revista de Estudios Sociales*. 66 (4): 11- 28.

memoria colectiva. Cabe decir entonces, que “cada memoria individual es un punto de vista sobre la memoria colectiva” (Halbwachs, 1950: 50).

La sucesión de recuerdos, hasta los más personales, se explican siempre a partir de los cambios que se producen en nuestras relaciones con los distintos grupos colectivos y siendo en gran medida, una reconstrucción del pasado con datos que tomamos del presente, alterándose así, la imagen de la época anterior.

La parte social que hay en nuestra memoria es más amplia de lo que pensamos, y esto se ve representado desde la infancia hasta la adultez, puesto que hemos alcanzado distintos modos de reencontrar recuerdos en presencia de otros, que, de no ser gracias a la presencia social, habríamos olvidado. Es evidente que reconstruimos, pero lo hacemos según los márgenes marcados por nuestros recuerdos y también por los de los demás.

Lo anteriormente expuesto explica por qué muchas veces no recordamos nuestra primera infancia, ya que nuestras impresiones o recuerdos no podían basarse en nada mientras no éramos un ser social. Sin embargo, al pasar los años, el contenido de estos recuerdos se explica desde más series de pensamientos sociales, como en el grupo del que el niño forma parte más estrechamente, la familia (o una fracción de ella que ayuda a recordar este tipo de recuerdos), produciéndose poco a poco una separación entre su pequeño mundo interno y la sociedad que lo rodea.

En relación a los recuerdos y la fantasía, Sigmund Freud en “Recordar, repetir, reelaborar” (1914) asigna grandes magnitudes de efecto a este mundo

fantástico, puesto que si en la realidad hay cosas que no causaron placer, en un pasado sí lo puede haber gracias al efecto de fantasía, como un juego de posibilidades que está constituido por los deseos frustrados y que esta ficción ayuda, de algún modo, a invertir esta frustración y a realizar los deseos. En otras palabras, este ejercicio de recordar hace que automáticamente la realidad se cambie por la fantasía. Freud, agrega además que, generalmente, ese recuerdo proviene de la infancia, y si esto es así, este viaje se acompaña de imágenes que se asocian a dos lugares de primeras socializaciones: el pueblo y la casa natal. Y al respecto, el filósofo francés Gastón Bachelard, en su libro *La poética del espacio* (1957) señala que la casa, simbólicamente representa “un cuerpo de imágenes que dan al hombre razones o ilusiones de estabilidad” (37) y que, por lo tanto, el recuerdo de la infancia será ubicado en este espacio, cuna de las evocaciones primordiales del individuo y de su sentido de pertenencia.

En este contexto, la nostalgia, abarcaría diversas dimensiones: temporal, social y material. La temporal hace alusión directamente al pasado, mientras que la social a las relaciones con otras personas, y, por último, la material por situaciones, lugares y objetos. En el caso de la infancia, nos enfrentamos entonces, en primer lugar, a la nostalgia temporal (por el paso de los años y la pérdida de la infancia), al espacio material (la casa), y a la nostalgia social (la familia).

La nostalgia, entonces, no existe sin el tiempo y la memoria. Y en ese sentido, la memoria muchas veces actúa como ficción al momento de seleccionar los recuerdos y reconstruir este tiempo pasado sobrevalorado por la fantasía,

debatiéndose entre la ensoñación y la veracidad de sus recuerdos. Cabe preguntarse entonces, si la nostalgia presenta hechos que tuvieron el valor que les presta la memoria y si existe algún tipo de irrealidad que se filtre dentro de la realidad de los recuerdos. Recuerdos nostálgicos que radican, muchas veces, en el cariz positivo y afectivo que se otorga en la infancia y sus imágenes.





CAPÍTULO II:
Sentimiento de pérdida en la infancia

Antes de iniciar el análisis de la novela desde la mirada infantil, es preciso explorar éste término en las coordenadas de nuestro interés. En este sentido, Lorena Amaro et al. (2010)⁶ proponen “una interpretación sobre la tardía expresión de la infancia como tiempo y espacio de la memoria y la subjetividad” (123). El recuerdo infantil evoca, muchas veces, “el tiempo como paraíso perdido o tierra de promisión al que el escritor procura volver con cierto dramatismo” (130). Es decir que, la infancia se presenta como un momento digno de ocupar en la memoria, ya que despierta el tiempo pasado que actúa como un paraíso lleno de promesas y que hoy, en su presente, provoca algún sentimiento de nostalgia al estar ausente.

Siguiendo esta línea propuesta, Manuel Rojas, va al rescate de la infancia, posicionándola muchas veces como el motivo central de *Hijo de ladrón*, ya que la asume como un periodo de ensueño, vale decir, donde se encuentran episodios en que se roza la felicidad, en los cuales se prefiguran los logros de adulto. Y que si bien, esta etapa en el protagonista no está dotada de la plenitud y la protección absoluta que demanda este ciclo, sí transforma estos aspectos en algo más positivo que negativo, siendo dignos de rememorar y añorar especialmente en sus tiempos de crisis. La aparición de los recuerdos felices, su actualización en Aniceto actúa como regulador en el presente adverso donde se encuentra perdido y sin esperanza producto de enfermedades, peleas, soledad, poca confianza, falta de ánimo, etc., para convertirse

⁶ Amaro, L. et al. (2010). Los saberes ocultos: la infancia en los textos autobiográficos chilenos. *Acta Sociológica*, 53, pp. 123-146.

luego en una figura de aprendizaje que asume la carencia y el dolor como lección de vida.

En el inicio de la novela el protagonista comienza advirtiéndonos sobre su memoria y la poca capacidad para pensar de forma cronológica, saltándose así de un hecho a otro y tomando, muchas veces lo que aparezca primero. Esta disposición de los hechos y recuerdos hace que el texto se comporte de una determinada manera que va en busca de algo más allá y que se puede analizar a partir de las cuatro partes en que se compone el relato, secciones regidas, a nuestro entender, por un factor en común: el sentimiento de pérdida -o nostálgico- que tiene al recordar su infancia.

Aniceto se encuentra en la puerta exterior de la cárcel a la edad de 17 años. Junto a una subjetivación creciente de la narración el protagonista, mira por primera vez hacia su niñez cuando recuerda que conoció a muchos hombres vascos en Buenos Aires, y que éstos al igual que su infancia, han desaparecido. En la página siguiente, Aniceto se pregunta:

¿Escribir? ¿A quién? Menos absurdo era proponerse encontrar un camello pasando por el ojo de la aguja que un pariente mío en alguna de las ciudades del Atlántico sur, preferidas por ellos. Mis parientes eran nómadas, [...] sin embargo, en tanto sus hijos crecieron, llevaron vida sedentaria si vida sedentaria puede llamarse la de personas que durante su infancia y la adolescencia de un hijo cambian de residencia casi tantas veces como de zapatos (Rojas, 1951: 59, 60).

Para el protagonista era ilógico pensar en escribirle a alguien, o al menos, difícil de entender. Este absurdo se responde por el sentimiento impulsado de su

infancia, que, si bien aún no muestra rastros de tiempos felices y que, por ende, aún no añora, sí muestra cierto sentimiento de pena al no encontrar un destinatario en su escritura. Sin embargo, Aniceto recuerda su infancia más allá de los malos ratos, y rememora tiempos alegres que en la actualidad se perdieron: “siempre me gustó el pan untado con mantequilla y espolvoreado de azúcar, y aquella tarde, al regresar del colegio, me dispuse a comer un trozo y a beber un vaso de leche” (Rojas, 1951: 64). Este sencillo acto hace que el protagonista olvide toda tensión existente en su casa (en ese momento, alguien -nadie sabía quién- golpeaba la puerta en busca de su padre), y solo se concentre en la satisfacción de sus alimentos: “estaba dándole fin al pan y nunca me pareció más sabroso: la mantequilla era suave y el azúcar que brillaba sobre ella me proporcionaba una deliciosa sensación al recogerla con la lengua, apresuradamente, de las comisuras de los labios” (Rojas, 1951: 65).

Lo anteriormente expuesto se ancla a la nostalgia, ya que se explica desde la realidad actual vivida por Aniceto, pues éste ya no tiene infancia ni comida, y hoy solo le queda alimentarse de la soledad y los recuerdos de un pasado que hoy añora. De esta infancia cabe preguntarse ¿por qué Aniceto la perdió tan fugazmente?, ¿por qué un acto tan sencillo como alimentarse perdió satisfacción en el protagonista? Aniceto, a sus cortos doce años estuvo preso por primera vez, y esto lo atribuye directamente al padre, ya que era solo su primera cuota (de cuatro) que tenía que pagar por ser hijo de ladrón, cuota que le hizo perder, sin duda alguna, toda inocencia de su infancia y que obligó a hacerse grande. Obligación que gatilló en la angustia nostálgica por sacarlo del lugar que tenía que vivir.

Miré hacia el calabozo, que ya casi había olvidado, y me sorprendió ver que todo su frente era una sola reja y muros sus otras partes; sus dimensiones eran iguales que las de aquel en que por primera vez estuve preso. Era necesario pagar las cuotas, de a poco, claro está, ya que nadie puede pagarlas de un golpe, salvo que muera: la primera fue aquélla; la segunda, la muerte de mi madre; la tercera, la detención y condena de mi padre; éste era la cuarta, si mi memoria no me era infiel. (Rojas, 1951: 206-207)

En otras palabras, las cuotas que tenía que pagar el protagonista eran netamente herencia del padre, por lo tanto, el responsable de todo esto no era él, sino la condición hereditaria que el padre le dejó. Leemos en la novela:

Había pasado malos ratos, es cierto, pero me pareció natural y lógico pasarlos: eran quizá una contribución que cada cierto tiempo era necesario pagar a alguien, desconocido aunque exigente, y no era justo que uno solo, mi padre, pagara siempre por todos. Los cuatro hermanos estábamos ya crecidos y debíamos empezar a aportar nuestras cuotas, y como no podíamos dar lo que otros dan, trabajo o dinero, dimos lo único que en ese tiempo, y como hijos de ladrón, teníamos: libertad y lágrimas (Rojas, 1951: 64).

Lo dicho tiene directa relación con la memoria de Aniceto. Esta se actualiza fragmentariamente, ya que la infancia no fue un espacio acabado, sino más bien difuso gracias al acontecimiento de su primera visita a la cárcel. Es decir, que los límites que requiere esta etapa actuaron de manera vaga y borrosa, generando la poca conciencia absoluta del yo en el protagonista. Estos acontecimientos que cortaron radicalmente la etapa infantil contribuyen a lo que Aniceto es hoy. Gracias a la

mirada de este pasado, el protagonista está en una condición permanente de búsqueda en relación a eso que le trajo sentimientos de felicidad y que hoy regulan su presente, lo tranquilizan y le da esperanzas. Si bien Aniceto tuvo una pérdida de infancia temprana, y además ésta muy pocas veces estuvo protegida, hay un sentimiento que en la niñez se anula por completo: la vergüenza. Éste es uno de los sentimientos principales que gatilla en el protagonista, presentándose en su actualidad de forma constante y que a través de la memoria intenta evadir. En resumidas cuentas, Aniceto actual es presentado como una víctima de su pasado que busca desesperadamente un sentido y respuestas en su vida⁷.

En este sentido, existe un interés por invisibilizarse y movilizarse por los espacios donde no exista la vergüenza ni la herencia del padre que a lo largo de su vida tiene que pagar en cuotas. Añora su infancia, que, si bien no fue del todo positiva, nunca durante su duración sintió vergüenza ni deseo de anularse. En consecuencia, sólo es capaz de mantenerse vivo en los recuerdos. Este rememoramiento constante hace que el protagonista olvide su presente, y muchas veces su aspecto físico.

- ¿No tiene dinero?
- No. ¿para qué?
Señaló mis zapatos.
- Con esas chancletas no llegará muy lejos.

⁷ Al respecto, se recomiendan dos artículos que tratan la cuestión existencial:
Moreno, F. (1981). La existencia herida. En: *Manuel Rojas: estudios críticos* (pp. 231-243) Santiago: Editorial Universidad de Santiago, 2005.
Cortés, N. (1964). Hijo de ladrón. Una novela existencial. *Revista del pacífico*. N°1, pp.33-50

Era cierto, aunque ya ni chancletas pudiera llamárseles. Un trozo de alambre, tomado de la jeta de la puntera y unido al cerquillo, impedía la desintegración total (Rojas, 1951: 96).

Después de todo esto queda en evidencia que los recuerdos en Aniceto lo llevan a otro tiempo, anulando el hoy y descuidando su aspecto central, en otras palabras, olvidando su presente y siendo estas situaciones una bajada a su realidad y tiempo.

Si bien, a lo largo de la novela, no existe alusión directa a la nostalgia, el constante recuerdo de la infancia hace tangible un pasado en el que al menos el protagonista sintió ser parte de algo, en oposición a su actualidad en que las carencias y privaciones se materializan en la ausencia de documentos e inclusive de ciudadanía: “no pude, pues, embarcar: carecía de documentos; a pesar de mis piernas y de mis brazos, a pesar de mis pulmones y mi estómago, a pesar de mi soledad y mi hambre, parecía no existir para nadie” (Rojas, 1951: 90).

Este no existir para nadie, en su actualidad, pesa más que el robo de la infancia causado por el padre, ya que Aniceto hace esfuerzos en su memoria para traer y actualizar recuerdos y sentirse fuera de toda soledad. Es así que mientras conversa con su amigo a la orilla del Río Aconcagua, reflexiona:

(Y así, caminando sin prisa, uno junto al otro, como embarcaciones abarloadas, nos acercábamos al mar, llevados por nuestras piernas, por nuestros recuerdos y los personajes de nuestros recuerdos, que

caminaban por su parte, dentro de nosotros. [...] No tienes más remedio que entregarte; ya no puedes devolverte, desviarte o negarte) (Rojas, 1951: 110).

La proximidad a este sentimiento nostálgico provocado por la infancia, ya empieza a dar luces y se empieza a visibilizar al momento que la novela avanza. En este sentido, el protagonista, después de la pelea que tiene con Isaías (esposo de Rosalía, quien le dio alojamiento al protagonista después de la muerte de su madre) recuerda su infancia:

Así salí al mundo: era, quizá, demasiado para mis años, pero otros niños traerían algo peor. Yo, por lo menos y en descargo, traía una infancia casi feliz, cariño, hogar, padres, hermanos. Sentía que eso, a pesar de los policías y de los calabozos, era un sostén, una base. Cuando recordara mi niñez y parte de mi adolescencia, mis recuerdos serían, por lo menos, tiernos (Rojas, 1951: 123).

Este recuerdo se da en un momento de crisis del protagonista (entendiendo crisis como un momento en que carece de esperanzas) con el fin de darse aliento, y evadir así el doloroso presente que impide avanzar y salir de estos estados tan pocos esperanzadores para el porvenir, porque al menos, antes tenía oportunidad de comida, familia e infancia, y ahora, en un presente, carecía de esto y hasta de su propia voz: “¿a quién preguntar? ¿hacia quién volver la cara? Nadie me conocía y yo no conocía a nadie; en mi ciudad natal era un extraño, casi un extranjero. Adiós, Buenos Aires” (Rojas, 1951: 124). De ahí en adelante se instala una sensación de soledad. El trabajo

en la montaña y la blancura de la nieve hace que se sienta vacío y solitario, echando de menos su infancia tranquila y casi feliz:

Aunque en verdad, no era la nieve la que me impresionaba, sino la sensación de soledad que me produjo, [...] me parecía que los lazos que hasta ese momento me unían al paisaje o al lugar en que me encontraba y me había encontrado antes, en todas partes, lazos de color, de movimiento, de fricción, de espacio, de tiempo, desaparecían dejándome abandonado en medio de una blancura sin límites y sin referencias, en la que todo se alejaba o se aislaba a su vez (Rojas, 1951: 136).

La segunda parte de la novela inicia con la salida del protagonista de la cárcel, vale decir, que está contada desde el presente. Sin embargo, en el capítulo segundo hay una digresión entre paréntesis y con cursivas que ocupa un lugar significativo en la novela. Aniceto cuenta de una herida provocada en el pulmón producto del frío y las condiciones precarias al que fue expuesto en la cárcel.

(Imagínate que tienes una herida en alguna parte de tu cuerpo, en alguna parte que no puedes localizar, y que no puedes, tampoco, ver ni tocar, y supón que esa herida te duele y amenaza abrirse o se abre cuando te olvidas de ella y haces lo que no debes, inclinarte, correr, luchar o reír; apenas lo intentas, la herida surge, su recuerdo primero, su dolor en seguida: aquí estoy, anda despacio...) (Rojas, 1951: 147).

En otras palabras, es una huella que condicionó físicamente al protagonista, pero que, sin embargo, se puede ver desde una perspectiva mucho más simbólica y

metafórica de la condición de Aniceto, discrepando con lo dicho por Raúl Silva-Cáceres en el prólogo de la novela⁸:

En cuanto al motivo de la “herida”, la cual ocupa una plaza importante en la novela ya que sus proyecciones subjetivas están tratadas a partir de una visión interior de sus efectos sobre el cuerpo y la psiquis de Aniceto, digamos que ella no es nada simbólica. Ella está producida por las condiciones lamentables de la cárcel chilena, en cuyo piso frío y húmedo debe dormir muchas noches sin cobertura posible (2001: 34).

Lo implícito de su dolor se hace evidente desde su interior a través de la herida por pagar las cuotas que su padre ha dejado como herencia y que trajo como consecuencia una infancia robada y sentimientos de pérdida y ausencia “la herida surge, su recuerdo primero, su dolor en seguida” (Rojas, 1951: 147)

Para Cedomil Goic en “Hijo de ladrón. Libertad y lágrimas” (1961), en tanto, la herida surge por una serie de limitaciones, como las “provenientes del abandono - soledad, silencio-, de la existencia en situación. [...] limitaciones de carácter interno que brotan del cuerpo y más todavía de la psiquis” (1961: 112). La expresión de la herida, entonces, desafía al lector a ponerse en otro lugar, en el de una herida con la que se puede nacer o con la cual se puede topar en algún momento; por ejemplo, en la infancia. En este sentido, podemos mirar el asunto desde otra perspectiva tal vez mucho más simbólica que una herida física propiamente tal, puesto que las

⁸ Manuel Rojas, *Hijo de ladrón*, Edición de Raúl Silva-Cáceres, Madrid, 2001. Las citas en el texto están tomadas de esta edición.

condiciones sociales obligaron a Aniceto a crecer y vivir una vida de adulto cuando sus años ameritaban seguir el pausado desarrollo de la etapa infantil.

La multiplicidad de cambios en la narración hace de la novela algo muchas veces, difícil de entender, ya que existen constantes saltos temporales que dan complejidad a la novela. Sin embargo, creemos que este recurso viene a reforzar una condición de la aparición de los recuerdos, ya que la rememoración de hechos nunca se da de una manera lineal, sino más bien, confusa y con un propósito e interés propio del estímulo causante del acto de recordar. Este mundo personal y esta forma de expresar da las direcciones para llegar al sentido profundo de la obra, ya que la confusión temporal que nos proporciona el recuerdo nos hace situarnos en dos espacios: el *allí/aquí*. En este sentido, Goic en el texto citado, nos da las direcciones para poder dilucidar “dos espacios distintos: en ese allí al que se alude y en ese aquí donde se cuestiona aquel allí. Esto es, existe una distancia discernible entre el narrador y el propio pasado que considera” (1961: 104).

Esta distancia muchas veces se acorta, ya que en el *aquí* se hace presente el *allí*. Después de la digresión de la herida, el protagonista vuelve al *aquí*, donde la falta de un certificado lo limita a trasladarse en busca de un trabajo o un mejor porvenir. Las experiencias dolorosas vividas en la infancia se vuelven a abrir en el presente de Aniceto, esto porque es desde *aquí* donde evoca su pasado. La carencia de certificados aparece condicionada por aquella infancia que se rompió tan abruptamente y que desde su *aquí* hace presente el *allí*:

Sólo pensaba en mi amigo y en los esfuerzos hechos para conseguir una libreta de embarque: certificados, certificados, certificados; pero ¿por qué mis padres, al engendrarme, no añadieron a mis órganos un certificado que me sirviera para siempre, como la vejiga o la nariz? [...] quería elegir mi destino, no aceptar el que me dieran (Rojas, 1951: 154-155).

Esta brecha tan corta se da, además, por aquellos periodos de crisis en los cuales Aniceto se encuentra. Los recuerdos actúan como reguladores del presente, apaciguando las cuotas que debe pagar por ser hijo de ladrón. En ese sentido, la cuarta cuota que debe pagar es estar preso por el robo de la joyería que él no cometió, pero que, sin embargo, lo hacen concentrarse directamente en la realidad que busca evadir a través de su memoria, realidad donde hay silencio y extraños sin rostro: “no había ya cuerpos, no había ya voces; el silencio y la obscuridad nos separaban y anulaban” (Rojas, 1951: 190). Esta evasión se da a través del recuerdo de su infancia, que sin lugar a dudas lo vuelve a la calma y a las esperanzas de un mejor porvenir:

No había más que esperar y decidí no hacer nuevos esfuerzos para ver o para oír [...] apareció en mi mente el pasado; todo seguía igual en él: mi madre, mi padre, mis hermanos; éstos se movían y aquéllos estaban inmóviles y todos me miraban, pero me miraban desde alguna parte iluminada, desde la acera de una calle, desde la puerta de una casa, desde la orilla de un río, desde una habitación iluminada por una lámpara de suave luz y de blanca pantalla. [...] Los ojos de mi madre me miraban desde un sitio más lejano y estaban como inmóviles (Rojas, 1951: 193).

Este recurso de acudir a la memoria es lo que lo tranquiliza y equilibra, lo vuelve sereno y lo que anula su presente por algunos instantes, ya que el tiempo actual siempre toca a la puerta y vuelve a tocar tierra. Es decir, después de este lapsus provocado por el recuerdo, él vuelve bruscamente a la actualidad, como por ejemplo, sintiendo una fatiga que lo obliga a pedir ayuda a un gendarme para que lo lleve a otro lugar con más aire, o percatándose que la cárcel tenía las mismas dimensiones del calabozo en el que estuvo preso por primera vez, o sintiendo el dolor de una herida en el pulmón izquierdo que obliga a llamar a la madre: “quiero que venga mi madre; sí, es mi madre; oh mamá, abrígame, tengo frío; dame agua, agua fresca, tengo sed. Oh, por favor, llamen a mi madre” (Rojas, 1951: 234).

En la tercera parte de la novela, Aniceto hace tangible todo lo que anteriormente hemos descrito. El primer capítulo de esta parte nos cuenta pormenorizadamente su infancia, desde una perspectiva mucho más positiva de lo que se podría pensar, entregándonos detalles de una historia dura a través de la experiencia en sus primeros años:

A pesar de todo mi infancia no fue desagradable; no lo fue y estuvo llena de acontecimientos apasionantes. [...] como niños éramos iguales y jamás me sentí por debajo de ellos. De otro modo quizá si mi infancia no habría sido tan soportable (Rojas, 1951: 237-238).

En la actualidad, Aniceto no tenía a nadie, porque si bien existía la familia por parte de la madre, éste solo sabía que estaba en alguna parte de Chile, mas no sabía dónde encontrarla. No tenía destino conocido, por lo cual se sentía anulado y perdido,

ignorando todo lo que podría llegar a ser y generando aquel sentimiento de no pertenencia: “Vivía porque estaba vivo y hacía lo posible -mis órganos me empujaban a ello-por mantenerme en ese estado, no por temor a la muerte sino por temor al sufrimiento” (Rojas, 1951: 261).

Si vemos *Hijo de ladrón* como una novela de aprendizaje, el protagonista debe llegar a apaciguar este temor al sufrimiento. Por ende, y en ese sentido, los recuerdos no son casuales, ya que aparecen en el narrador de forma limitada y confusa, y terminan por construir una estructura de conciencia rememorativa dotada de sentido. Es decir, desde la incertidumbre acerca del futuro, hasta la iluminación de su porvenir. Por ello, la correspondencia del relato y aquella sintonía del pasado-presente tiene un objetivo que se empieza a visualizar en el momento que Aniceto, después de recordar su infancia, se encuentra con dos hombres: Cristián y El Filósofo. “Bajé las gradas de piedra de aquella escalera, pero despacio, sin apresurarme, como si en cada una de ellas mis pies encontraran algo especial” (Rojas, 1951: 262). La llegada de El Filósofo a la vida de Aniceto cambia por completo el curso de las cosas, ya que su saber estará a disposición de las carencias emocionales del protagonista. Un hombre que desde la primera mirada hizo sentir diferente al protagonista, que lo miró “como una persona debe mirar a otra, reconociéndola y apreciándola como tal desde el principio; una mirada también llena de luz, pero de una luz que venía desde más allá del simple ojo” (Rojas, 1951: 263). Las dudas se apoderaron de él, ¿era posible, después de tanto tiempo, sentir alegría?, ¿podía

sentirse digno de una vez por todas?, ¿era libre, al fin, de todas las cuotas? Sí, esta vez el mar estaba brillantemente azul y el cielo luminosamente soleado.

La dignidad laboral y personal que adquirió Aniceto hizo de éste un hombre más seguro y con menos vergüenza por la herencia del padre. Estaba rodeado en caleta “El Membrillo” por Alfonso Echeverría y Cristián Ardiles, hombres con las mismas necesidades básicas que Aniceto: comer, vestir, dormir. Con el salario adquirido él podría saciar su hambre en “El Porvenir”, restaurante con precios módicos y atendido por el propio dueño. Más adelante, tuvo cómo comer y dónde dormir, aprobando lo que lo inhabilitaba: el presente.

Todo lo veía y lo sentía, los colores, los sonidos, el olor del viento y de las personas, los rasgos de los seres y de las cosas y todo ello se unía en mí, crecía y me hacía crecer, ¿para qué?, no lo sabía, pero todo quedaba y nada se iba, las lágrimas, las risas, las palabras duras y las palabras tiernas... (Rojas, 1951: 280).

Esta vez el tiempo parece no estar negado, sino que más bien, está actuando como un intento de recobrar la interioridad del personaje y de domar la soledad, el desamparo, y la incomunicación. En él está brotando la luz del porvenir, y el tiempo parece haber sanado mediante vehículos excepcionales para un vínculo que solo “El Filósofo” puede entregar: la sonrisa y la mirada. En este sentido, Goic en *La novela chilena. Los mitos degradados* (1968) menciona que Alfonso Echeverría cumple una función en el protagonista y es “conceder a Aniceto una confesión muy íntima y personal como manifestación de confianza y de estimación” (1968: 163). En cierta

medida, entonces, este personaje viene a salvar al protagonista y encaminarlo hacia el aprendizaje, función similar a la que tiene Cristián: “vive encuevado, acaso huero, sin vida espiritual, se trata de un ex hombre a quien el filósofo pretende salvar como ser humano; el filósofo le parece una persona clara, abierta, comunicativa, cordial” (164-165).

Lo anteriormente expuesto tiene relación directa con la última parte de la novela. Esto porque como Aniceto ya no niega su presente, el escrito se dota de una regularidad lineal, y si bien hay saltos al pasado, solo se tratan de breves *flash-backs*. Es decir, la confusión del *aquí/allí* ya no existe, y se da pie a la esperanza, no necesitando el pasado para existir. La placidez va siendo alcanzada por Aniceto y los recuerdos ya no son vivos ni lo condicionan, sino los ve más bien como algo dulce, de una manera tierna y sin sobresaltos, como por ejemplo, cuando recuerda a una anciana viuda de Rosario que le regala folletines y que él se ofrece para leerse los:

Al día siguiente se repitió lo del anterior: comí mis duraznos y leí el folletín y así ocurrió en días sucesivos y siguió ocurriendo hasta bastante tiempo después de que se acabara la fruta: la curiosidad me tomó y no contento con saber lo que sucedía en lo que leí, quise enterarme de lo sucedido antes (Rojas, 1951: 320).

La evocación surge a raíz de una conversación entre Aniceto y El Filósofo en relación a la vida que tuvo Cristián y las limitaciones mentales y comunicativas de éste. El protagonista, sin esfuerzo alguno relata este recuerdo, rompe el silencio, ya no tiene vergüenza, y esta vez la memoria no llega en un momento de crisis, sino

como un recurso de comunicación y con el objetivo de establecer un vínculo que sane las carencias emocionales. El recuerdo, en este sentido es selectivo, porque Aniceto omite cuando ve en el diario una fotografía del padre en el que decía que era un ladrón peligroso:

Pero nunca conté a Echeverría el final de mis relaciones con aquella señora: un día, en el diario que ella acostumbraba leer, apareció, entre otras, una fotografía de mi padre. [...] lo señalaba como ladrón peligroso, dando su nombre, su apodo y todos sus antecedentes policiales (Rojas, 1951: 321).

Aniceto avanza, avanza hacia su porvenir sin detenerse, y para caminar necesita seleccionar y recordar todo aquello que sirva para un mejor futuro, y esta vez sentirse un hombre libre, sin cuotas, sin la culpabilidad de un padre que le quitó su infancia. “Cristián avanzó hacia nosotros. Cuando se nos juntó reanudamos la marcha” (Rojas, 1951: 336).



CAPÍTULO III:
Casa y familia: un espacio memorial

La preocupación de las siguientes páginas las dividiremos en dos. Primeramente, el análisis tiene relación con la materialización de la memoria en los espacios físicos, vale decir, el lugar que ocupa “la casa” en la memoria del protagonista. En segundo lugar, nos preocupa el sentimiento nostálgico presente en Aniceto al recordar su familia, y cómo ésta lo condiciona en su presente, ello a partir de las figuras materna y paterna.

1. La casa: nostalgia, memoria, futuro

Constantemente luchamos por la memoria, recordando, preservando o marcando algún pasado, temiendo, muchas veces, su pérdida. La apelación a la memoria aparece en todas partes, y es uno de los pilares fundamentales de la cultura humana, oponiéndonos, de este modo, al olvido. Este ejercicio implica seleccionar, eligiendo qué queremos recordar a la vez que esta elección exige ser responsable de aquello que decidimos olvidar.

Según Federico Lorenz⁹, en el prólogo de *Los lugares de la memoria* (2009) ejercer memoria implica muchas cosas. Primeramente, implica nostalgia, pero nostalgia que se esconde bajo los actos de resiliencia. También implica construir refugios, y por sobre todo “es reconocerse en los demás, reconocer a los compañeros de ruta y, también, a los que no lo son” (Lorenz, 2009: 4).

⁹ Historiador argentino, autor de *Las guerras por Malvinas* (2006), *Los zapatos de Carlito, una historia de los trabajadores navales de Tigre en la década del '70* (2007) y *Fantasma de Malvinas* (2008).

El pasado pareciese ser un refugio seguro y en ese sentido, pasa a ser un instrumento de lucha que ancla fechas, personas, prácticas y objetos. Es por eso que antes de entrar al análisis propiamente tal de la “casa” en la novela, es necesario estudiar a Pierre Nora¹⁰ en relación a los lugares que ocupa la memoria. En ese sentido, el prólogo hecho por José Rilla¹¹ en *Pierre Nora en Les Lieux de Mémoire* (2009), alude a dos conceptos fundamentales que es necesario diferenciar: historia y memoria. Al respecto, el autor señala que “la historia no es memoria, ambas trabajan sobre la misma materia, el pasado y el presente, pero desde reglas específicas que las enfrentan, las ponen en situación de crítica recíproca” (Rilla, 2009: 9). Es decir que, ahora con Pierre Nora, se amplía la brecha de ambos conceptos, puesto que según este autor la memoria es una oscilación entre el recuerdo y la amnesia, mientras que la historia se presenta siempre de forma objetiva, ya que la línea que se establece entre el ayer y hoy se hace de forma consciente. Siguiendo la misma línea, Rilla concluye la introducción de *Les Lieux de Mémoire* señalando que la memoria no es el recuerdo, sino “la economía y administración del pasado en el presente” (Rilla, 2009: 14) y que puede reestablecerse mediante lugares físicos y públicos, creándose entonces museos, patrimonios, archivos, aniversarios, etc.

La memoria, muchas veces, se alimenta de recuerdos borrosos y simbólicos, siendo la historia quien se encarga de visibilizarlos y dejarlos al descubierto. Esto se

¹⁰ Historiador francés, conocido por sus trabajos sobre la identidad francesa y la memoria, y por haber dirigido *Les Lieux de Mémoire*, en tres tomos para hacer un inventario de los lugares y objetos en los que se encarna la memoria nacional de los franceses.

¹¹ Uruguayo, profesor de historia y doctor en historia. Autor de numerosas publicaciones. Fue galardonado con el premio Morosoli de Plata en ciencias sociales e investigación histórica.

hace presente en *Hijo de Ladrón*, ya que Aniceto rememora su infancia y la familia desde un espacio físico: la casa.

Este espacio memorial privado, convencionalmente se asocia a la protección física que tiene todo ser humano, actuando como guarida familiar y que se reemplaza, muchas veces, por la palabra “hogar”. El protagonista ve la casa anclada a la familia, y como un espacio que es concurrido, visitado y que da protección de hogar. En ella se construye o va construyendo la identidad del personaje, quién es hoy, en el tiempo presente de la rememoración, el resultado de haber pasado por esa experiencia vital formadora. La casa según el diccionario de los símbolos está asociada a “la ciudad y el templo, [...] está en el centro del mundo; es la imagen del universo. [...] Es también un símbolo femenino, con el sentido de refugio, madre, protección o seno materno” (Chevalier y Greerbrant, 1998: 257, 259). Este refugio en Aniceto siempre estuvo presente durante su infancia y esa protección física la asociaba directamente al seno materno:

A pesar de todo, mi infancia no fue desagradable; no lo fue y estuvo llena de acontecimientos apasionantes, aunque a veces un poco fuertes. La casa estaba siempre limpia, ya que mi madre era una prodigiosa trabajadora, y no conocí el hambre y la suciedad sino cuando me encontré, sin las manos de mis padres, entregado a las mías propias, y a pesar de ser hijo de ladrón, el ser más aborrecido de la sociedad, más aborrecido que el asesino, a quien sólo se teme, viví con mis hermanos una existencia aparentemente igual a la de los hijos de las familias honorables que conocí en los colegios o en las vecindades de las casas que habitamos en esta o en aquella ciudad (Rojas, 1951: 237).

La casa, sin duda alguna, es un lugar de memoria para Aniceto que actúa como una conciencia conmemorativa que tiene relación con la infancia y la familia. Este lugar es el testigo de la otra época que provoca en Aniceto esa ilusión de eternidad que lo lleva constantemente a ese sentimiento nostálgico. Esto, dicho en las palabras de Pierre Nora, se sintetiza en “los rituales de una sociedad sin rituales” (Nora: 2009, 24). Vale decir, la casa de Aniceto materializa el ritual del templo que es necesario proteger y actualizar para rememorar los recuerdos familiares y ese pasado que hoy lo tiene nostálgico, y que en alguna ocasión volvió a visitar: “Fui a la que había sido mi casa: gente extraña vivía ahora en ella. Fui al Departamento de Policía: mi padre ya no estaba allí; tampoco estaba en la Penitenciaría” (Rojas, 1951: 124). En este sentido, el despojo de esos lugares memoriales no puede sino traer soledad y silencio (Rojas, 1951: 112).

El sentimiento de pérdida ante un hogar que ya no existe, en el presente no es más que un espacio físico desconocido y en que se desvanece toda protección. En este sentido, cabe mencionar entonces, que “los lugares de la memoria nacen y viven del sentimiento de que no hay memoria espontánea, de que hay que crear archivos, mantener aniversarios, organizar celebraciones, pronunciar elogios fúnebres, labrar actas, porque esas operaciones no son naturales” (Nora, 2009: 24). Esta forzosa memoria que se da gracias a la casa, lleva al protagonista a recordar, por ejemplo, a su madre. Rosalía fue una mujer que siempre se destacó por la entrega y abnegación de sus hijos y de su hogar, pero que, sin embargo, sufre la desgracia de morir, dejando a sus hijos a la deriva:

Ahí nos quedamos durante una eternidad, sin mirarnos o mirándonos como a hurtadillas [...] El desayuno se enfrió en la mesa y el agua hirvió hasta agotarse, se apagó el fuego. [...] No se escuchaban ruidos en el dormitorio de nuestro padre y nadie se acercó a llamar a la casa. Éramos nuevos en el barrio y estábamos, además, recién llegados a Buenos Aires: ni vecinos, ni conocidos, ni amigos; soledad y silencio. En unas horas, en menos de un día, la casa era otra y otros éramos nosotros; otro también, con seguridad, nuestro padre (Rojas, 1951: 112).

El hogar, que es “símbolo de la vida en común, de la casa, de la unión del hombre y la mujer, del amor, de la conjunción del fuego y su receptáculo” (Chevalier y Greerbrant, 1998: 572, 573) ha desaparecido para Aniceto, obligándolo a huir, porque si bien el espacio físico seguía existiendo, ya no era lo mismo sin la madre:

Por la casa pasó una racha de terror y hubo un instante en que los cuatro hermanos estuvimos a punto de huir de la casa, aquella casa que ya no nos servía de nada: no había allí madre, no había padre, sólo muebles e incertidumbre, piezas vacías y silencio (Rojas, 1951: 116).

No había casa, ni tampoco padre, ya que no cumplió su rol protector ante la muerte de la madre y que no ha dejado más que la herencia nefasta que significa pagar las cuotas por ser hijo de ladrón. Esto lo notamos cuando luego de ser puesto en libertad, “El Gallego” regresa a su hogar bajo una estricta vigilancia policial y por tal razón, cuando el personaje emprende un viaje para escabullirse, su casa es allanada, siendo la esposa y Aniceto detenidos. “Al atardecer me junté con mi madre en la puerta de investigaciones y regresamos a casa. Había pagado la primera cuota.”

(Rojas, 1951: 90). Como se ha dicho antes, el encarcelamiento no solo le arrebató a Aniceto su pulcritud original, sino que además pone término a su infancia. Sin embargo, mediante extensos *raccontos* destaca los esfuerzos de la familia por mantener un hogar que brinda protección y que está fuera de toda suciedad inseparable que implica tener un padre ladrón: “la casa estaba siempre limpia, ya que mi madre era una prodigiosa trabajadora, y no conocí el hambre y la suciedad sino cuando me encontré, sin las manos de mis padres” (Rojas, 1951: 237). Es por ello que cuando este espacio físico deja de ser un refugio, Aniceto se ve en la necesidad de huir y emprender rumbo hacia un mejor porvenir, sin dejar de lado en su presente, este imponente recuerdo lleno de nostalgia:

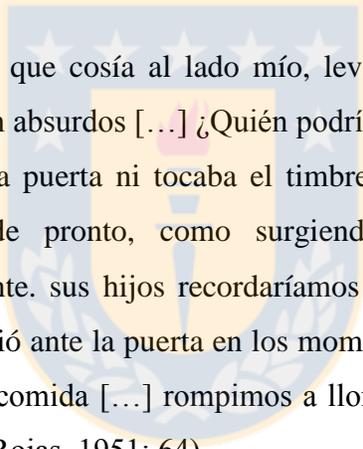
Un día amanecí solo en la casa: ni Daniel ni Ezequiel llegaron a dormir. Sentí que había llegado el instante que temíamos: di una vuelta por el patio y entré a los dormitorios; miré los rincones, las puertas, las ventanas, los techos: en esa casa había vivido, hasta unos pocos días, atrás, una familia, una familia de ladrón, es cierto, pero una familia al fin; ahora no había allí nada, no había hogar, no había padres, no había hermanos; sólo quedaban dos colchones, dos frazadas, dos sábanas sucias y un muchacho afligido (Rojas, 1951: 119).

El hogar, como centro vida, mantenida y prolongada ya no está, pero, sin embargo, en el presente del protagonista ocupa un lugar en su memoria. ¿Por qué este lugar y no otro? Eugenia Ailler Montañó en “Los Lieux de mémoire: una propuesta historiográfica para el análisis de la memoria” (2008) nos hace este alcance:

No es cualquier lugar el que se recuerda, sino aquel donde la memoria actúa; no es la tradición, sino su laboratorio. Por ello, lo que hace del

lugar un lugar de memoria es tanto su condición de encrucijada donde se cortan diferentes caminos de la memoria como su capacidad para perdurar y ser incesantemente remodelado, reabordado y revisitado (Ailler, 2008: 167).

Es decir, “la casa” actúa como un espacio memorial, ya que es aquí donde convergen situaciones que son dignas de recordar, pues simbolizan felicidad, familia y encuentro. Esto último se vincula con la imagen paterna, pues “El Gallego”, después de desaparecer temporadas completas producto de su profesión, siempre volvía a casa, causando el encuentro -aunque temporalmente- familiar:



Mi madre, que cosía al lado mío, levantó la cabeza y me miró: los golpes eran absurdos [...] ¿Quién podría ser? [...] mi padre, no sólo no golpeaba la puerta ni tocaba el timbre; ni siquiera le oíamos entrar: aparecía de pronto, como surgiendo de la noche o del aire, mágicamente. sus hijos recordaríamos toda la vida aquella noche en que apareció ante la puerta en los momentos en que terminábamos una silenciosa comida [...] rompimos a llorar, tal vez de alegría, quizá de miedo... (Rojas, 1951: 64).

La memoria necesita ser archivada en lugares para así resistir el olvido. Cada espacio necesita ser alimentado por recuerdos, ya que la memoria “necesita soportes externos y referentes tangibles de una existencia que solo vive a través de ellos” (Nora, 2009: 26). Es decir, la casa en la novela actúa como una memoria registradora, ya que se recuerda a través de ella y que, sin este almacenamiento material, al protagonista le resultaría muchas veces difícil recordar algunos sucesos presentes en su vida. Pues, en definitiva “es sobre el individuo y solo sobre el individuo que pesa,

de modo insistente y al mismo tiempo indiferenciado, la imposición de la memoria, así como su relación personal con su propio pasado depende su revitalización posible (Nora, 2009: 29).

Aniceto Hevia, en su presente vuelve al umbral de su casa natal, casa que hoy está llena de extraños e irreconocibles sujetos. El protagonista ve este espacio familiar bajo otra mirada, acepta lo que vivió sin juzgar y es capaz de entenderlo sin mayores culpas ni mayores resentimientos. En ese sentido, la historia instaaura una ruptura con el pasado: “cuando el pasado es aún vivido por los seres humanos, estamos en la memoria; cuando ya no se le vive, se entra en la historia (Allier, 2008: 186). Vale decir que Aniceto se hace cargo de este pasado y ya no lo vive, sino que lo acepta y lo toma como parte de su aprendizaje para un mejor porvenir, ya que, en su actualidad, no le hace sentido ser hijo de ladrón, pues actúa con valentía al aceptar las cuotas, y ve a su familia como digna de todos los parámetros convencionales sociales:

Tampoco estuve rodeado de gente sucia o grosera, borracha o de malas costumbres, y eso a pesar de que sentí respirar cerca de mí, pues estuvieron alguna vez en mi casa, uno y quizá dos asesinos. No tenían nada que ver con mi padre ni con sus actividades económicas. [...] Cuando uno de ellos apareció en nuestra casa, percibimos en él algo extraño: estuvo cerca de dos horas, sentado en una silla, esperando a nuestro padre, y durante todo ese tiempo, aunque pasamos una vez y otra vez frente a él, no se le ocurrió hacernos una broma o dirigirnos la palabra, cosa que cualquier hombre normal habría hecho sin esfuerzo al ver que tres o cuatro niños desfilaban ante él, mirándolo con insistencia (Rojas, 1951: 238, 239).

Recapitulando lo anterior, cabe decir entonces, que historia, memoria y nostalgia se unen a través del tiempo. La razón de un lugar para la memoria es detener el tiempo, y la nostalgia es el anhelo de ese tiempo que se rememora con el fin de bloquear el olvido. En síntesis, “la memoria se aferra a lugares como la historia a acontecimientos” (Nora, 2008: 36).

2. La herida familiar

Aniceto Hevia nació en el seno de una familia numerosa, caracterizada por sus continuos desplazamientos de una ciudad a otra; su padre, de oficio ladrón, era un hombre serio y amigable, siempre preocupado por dar a sus hijos lo mejor y un convencido de que por ninguna razón deberían seguir sus pasos. Rosalía, madre de Aniceto, muy abnegada por los quehaceres hogareños es quien da protección y atención a su núcleo familiar. Por ello, Aniceto y sus tres hermanos tuvieron una infancia tranquila, al igual que una familia digna de cualquier parámetro convencional que establece la sociedad, y esto a pesar de las continuas ausencias de su padre, los constantes viajes y las visitas de ladrones o asesinos que, sin acabar de descubrirse como tales, inquietaban a los muchachos.

A lo largo de la novela, Aniceto siente la necesidad de rememorar cómo ha sido su vida con el propósito de encontrar algún camino en el presente tan solitario y carente de afectos que tanto lo atormenta. En este ejercicio de recuerdos, Aniceto irá justificando cómo pasó de tener una infancia guiada por la familia, a una juventud solitaria. De esta forma, los recuerdos familiares son parte de uno de los elementos

más importantes en la novela, ya que, a través de ellos, harán del protagonista un hombre nostálgico en constante anhelo del pasado feliz.

En este sentido, Aniceto expone cómo lo afectó la muerte de su madre, la condena de su padre y el posterior abandono de sus hermanos. Acciones que con el paso del tiempo lo dejaron sin rumbo, afectándolo en su condición digna de humano y sumergiéndolo en la soledad, además de la profunda pobreza tanto espiritual como material (pues no tiene dinero ni trabajo, como tampoco un apoyo emocional o familiar). Esto, dicho en palabras de Ignacio Álvarez en *Novela y nación en el siglo xx chileno*, es la narrativa que Manuel Rojas intenta plasmar con fidelidad, es decir, aquellos sectores olvidados y que, en el caso de Aniceto Hevia, además de “joven y maduro, memorioso y desmemoriado; agreguemos, ahora, socialmente marginal” (2009: 105).

En la novela no son numerosos los contrastes que se establecen entre ricos y pobres, sino que más bien, se profundiza en la pobreza como un modo de vida. Aniceto, en este sentido, es consciente de esta situación y también se hace parte de ella, de esta realidad colectiva y marginada:

Y veía que a toda la gente le sucedía lo mismo, por lo menos a aquella gente con quien me rozaba: comer, beber, reír, vestirse, trabajar para ello y nada más. No era muy entretenido, pero no había más; por lo menos no se veía si había algo más. Me daba cuenta, sí, de que no era fácil, salvo algún accidente, morir y que bastaba un pequeño esfuerzo, comer algo, abrigarse algo respirar algo para seguir viviendo algo. ¿Y quién no lo podía hacer? Lo hacía todo el mundo, unos más

ampliamente o más miserablemente que otros, conservándose todos y gozando con ello. Existir era barato y el hombre era duro; en ocasiones, lamentablemente duro (Rojas, 1951: 261).

Es decir, la mirada que ofrece nuestro autor es una mirada que penetra a todos aquellos seres humanos que nadie se atreve a mirar por no sentir tristeza, una mirada que, en palabras de Jaime Valdivieso¹² en “Una nueva mirada” (1975), “abarca tanto la última pobreza, la vida que se sobrevive, como la última miseria, la vida que se contravive, el postrer nudo de la existencia” (Valdivieso, 1975: 131).

En efecto, estas acciones consecutivas que terminan por destruir la familia, destruyen también la tranquilidad de Aniceto. La pobreza acompaña al protagonista desde el momento en que pierde la protección familiar: su madre muere, el padre es encarcelado, los hermanos huyen. El tener que ganarse la vida da cuenta de lo difícil que es sobrevivir, tanto por la condición de huérfano como por estar inserto dentro de aquellos sectores olvidados y desprotegidos.

2.1 La madre como símbolo de seguridad, protección y abrigo.

Según el diccionario de símbolos, la madre está relacionada con el mar y la tierra, en el sentido de que ambos elementos son matrices de la vida y símbolos del

¹² Profesor de literatura y escritor. Se desempeñó en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y dictó durante diez años la cátedra de Literatura hispanoamericana en la Universidad de Houston, Texas. Ha publicado más de veinticinco libros en Chile y el extranjero, entre poemas, ensayos, novelas y libros de no ficción.

cobijo. La madre es “la seguridad del abrigo, del calor, de la ternura y del alimento, [...] la sublimación más perfecta del instinto y la armonía más profunda del amor” (Chevalier y Greerbrant, 1998: 674). Lo anteriormente dicho se relaciona con el rol protector que cumple la madre de Aniceto ante un futuro tan poco prometedor ante la condición de ser hijo de ladrón y tener que pagar necesariamente las cuotas heredadas del padre. Es aquí donde la madre es el único abrigo y aliento tierno que dota a la familia y también al protagonista:

- ¿Cómo te llamas?

Hice un esfuerzo, y dije mi nombre. La voz de mi madre, más entonada ahora, irrumpió:

- El niño no sabe nada; ya le he dicho que Aniceto no está en casa.

Otros dos hombres aparecieron en la puerta y uno de ellos, al girar, mostró una espalda como de madera.

- ¿Dónde está tu padre?

Mi madre se acercó, y el hombre, después de mirarla, pareció reaccionar; su voz bajó de tono:

- Me doy cuenta de todo y no quiero molestarla, señora, pero necesito saber dónde está El Gallego.

La voz de mi madre tornó a hacerse tierna, como si quisiese persuadir, por medio de su ternura, a aquel hombre:

- Ya le he dicho que no sé dónde está; desde ayer no viene a casa.

(Rojas, 1951:66)

La cita anterior subraya que la figura materna, además de ser un recuerdo tierno, es también un elemento protector que da seguridad ante la desprotección expuesta por el padre. La atención y la cordialidad con los policías o conocidos de la familia entregan a Aniceto una infancia segura y feliz: “yo, por lo menos y en

descargo traía una infancia casi feliz, cariño, hogar, padres, hermanos. Sentía que eso, a pesar de los policías y de los calabozos, era un sostén, una base” (Rojas, 1951: 123).

En relación al nombre de la madre, no es casual que Rosalía tenga relación directa con uno de los nombres más luminosos y asimilables a la idea de rosa. Esta rosa se encuentra en el centro, pues es el corazón de la familia y la única capaz de mantener lazos en el mundo, y que cuando se marchita o muere tan repentinamente, la vida protegida del héroe llega a su fin.

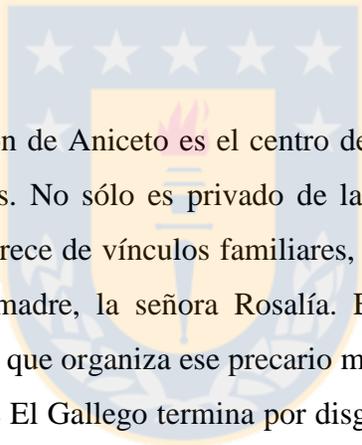
Mi madre gozaba de buena salud; nunca se quejaba y jamás la vimos, como a otras señoras, ponerse en las sienes paños con vinagre, torrijas de papas o trozos de papel de cigarrillo. Aquella repentina enfermedad, más que asustarnos, nos sorprendió (Rojas, 1951: 111).

Una vez muerta, el soporte familiar se desintegra, pues el padre es capturado por una buena cantidad de años por la policía; Joao, uno de los hermanos, marcha a Brasil; y los otros, después de vender poco a poco las cosas de la casa, prueban suerte cada uno por su parte. Aniceto, por fuerza, habrá de hacer lo mismo, dirigiéndose primero a pedir ayuda a los más cercanos, como a Isaías y Bartola, amigos de sus padres. Sin embargo, lo que encuentra no es más que desamparo y soledad ante el maltrato causado por Isaías, lo que obliga al protagonista a huir ante la situación de ser hijo de ladrón y huérfano de madre.

La madre, en este sentido, es clave en el transcurso de la historia, pues marca el fin de una etapa familiar y da paso al inicio de un Aniceto que se encuentra solo en el mundo y que necesita ser salvado ante aquella pobreza material y emocional que se

avecina: “Así salí al mundo, trayendo una madre muerta, un padre ladrón — condenado a muchos años de presidio— y tres hermanos desaparecidos; era, quizá, demasiado para mis años, pero otros niños traerían algo peor” (Rojas, 1951: 123). Esta hostilidad del mundo se manifiesta en la privación de libertad que sufre Aniceto, ya que, a tan corta edad, ya carga con una gran responsabilidad: sobrevivir en el mundo, sin madre, y con un padre profesionalmente ladrón.

De este modo, la figura materna en Aniceto marca por completo su adolescencia. Al respecto, Berta López¹³ en “El aprendizaje de Aniceto Hevia” señala que:



La filiación de Aniceto es el centro de donde se irradian sus males y desventuras. No sólo es privado de la libertad a los doce años, sino también carece de vínculos familiares, pues estos se destruyen cuando muere la madre, la señora Rosalía. Ella es la imagen de la unión familiar, la que organiza ese precario mundo infantil, que la condena al presidio de El Gallego termina por disgregar. La familia de Aniceto se dispersa, su cohesión desaparece con la madre que siempre ha sabido actuar frente a las inconveniencias de la profesión de su marido; los hijos no están preparados para sobrevivir “solos y como puedan” (López, 1987: 291).

Esta dispersión familiar termina por crear la destrucción total de éste vínculo, y Aniceto es arrojado al mundo de forma cruel y despiadada:

¹³ Académica en Universidad de Concepción. El artículo citado está tomado de *Manuel Rojas: estudios críticos*. Sin embargo, también se encuentra disponible en *Hijo de ladrón: Novela de aprendizaje Antiburguesa*.

Por la casa pasó una racha de terror y hubo un instante en que los cuatro hermanos estuvimos a punto de huir de la casa, aquella casa que ya no nos servía de nada: no había allí madre, no había padre, sólo muebles e incertidumbre, piezas vacías y silencio. Ezequiel logró sobreponerse y detenernos (Rojas, 1951: 116).

Sin embargo, la imagen de esta infancia “casi feliz” es un referente para el protagonista, ya que lo hace proyectarse y tener al menos la esperanza de un futuro prometedor. Esta base familiar es un sostén, ya que los recuerdos están llenos de nostalgia y ternura, a la vez que actúan estrechamente vinculados con un paraíso perdido cuya evocación se constituye en proyecto para otras acciones que se dan en el transcurso en que Aniceto aprende y se salva de la soledad y el desamparo emocional. En este sentido, el porvenir del protagonista se ve alterado positivamente por la aparición de “El Filósofo” y Cristián, puesto que actúan como familia postiza. Es decir, estos personajes ayudan a superar la marginalidad material y espiritual, dotándolo de una oportunidad de trabajo y, además, de una compañía que anula toda soledad.

2.2 El padre: herencias de una herida

Aniceto Hevia, mayormente conocido como “El Gallego”, es un hombre que mantiene a su familia bajo una profesión que se considera moralmente antisocial e incorrecta. “El Gallego”, pese a su incorrecto trabajo, siempre fue profesional y serio en lo que hacía, siendo muy pocas veces descubierto por la familia: “en cuanto a mi

padre, no sólo no golpeaba la puerta ni tocaba el timbre; ni siquiera le oíamos entrar: aparecía de pronto, como surgiendo de la noche o del aire, mágicamente” (Rojas, 1951:64). Esta misma actividad lo lleva a una larga sentencia que tiene que cumplir en la cárcel, obligándolo a abandonar a sus hijos y, en consecuencia, a renunciar a todo rol protector que simboliza la imagen paterna, es decir, a ese “símbolo de la posesión, del dominio y del valor, [...] la representación de toda figura de autoridad: jefe, patrón, protector, dios” (Chevalier y Greerbrant, 1998: 793).

Esta representación paternal en “El Gallego” se anula por completo, y aquel rol es tomado por la madre, haciéndose cargo no sólo de lo que simboliza la imagen paternal, sino que, además, tomando una tierna protección hacia sus hijos, ya que, al tener un padre ladrón, se encontrarían, en un futuro no muy lejano, solos y desvalidos. Estas acciones iniciadas por la madre traen como producto la nostalgia familiar en Aniceto, pues, los mayores recuerdos que marcaron la infancia del protagonista son los que están atados directamente a la herencia de ser hijo de ladrón que muchas veces trae consigo estar inserto en un mundo delictual y marginado de libertad. Por ello, la única salvación es la protección, en este caso, materna:

Hablaron con animación, aunque en voz baja, mientras yo, cogido de la falda de mi madre, miraba a la gente que nos rodeaba: penados, gendarmes, mujeres que lloraban, hombres que maldecían o que permanecían silenciosos, como si sus mentes estuvieran vagando en libertad, y niños que chupaban, tristes, caramelos o lloraban el unísono con sus madres (Rojas, 1951: 62).

Bajo esta óptica, cabe preguntarse por el título de la novela. *Hijo de Ladrón*, genera por sí solo una inquietud, y lo más posible es que esa inquietud sea la repetición del patrón familiar. Sin embargo, en este caso, el ser hijo de ladrón no condiciona a ser un profesional delictual:

No era fácil ser ladrón y presumíamos que para ello se necesitaban condiciones que no era sencillo poseer; no teníamos, tampoco, por qué ser ladrones y, de seguro, no lo seríamos. Nadie nos obligarla a ello. La idea de que los hijos de ladrones deben ser forzosamente ladrones es tan ilógica como la de que los hijos de médicos deben ser forzosamente médicos (Rojas, 1951: 250).

A través de la cita antes mencionada, queda en evidencia que, quien creyera que el hijo de un ladrón, necesariamente será también un criminal, lo haría basado en el prejuicio. Sin embargo, quien dijese lo contrario, podría estar olvidándose de que la familia constituye un espacio importante de formación y que, en consecuencia, si se vive en un ambiente de criminalidad, se es más propenso a asumir conductas erradas como naturales.

Por ello, la imagen de Aniceto Hevia (padre) es de suma relevancia. En primer lugar, los vínculos familiares que crea fuera de su núcleo hacen crear confusión en sus hijos, pues, la mayor parte de las veces transitaban personas desconocidas ante los ojos de Aniceto, creando desconcierto, temor y curiosidad. Sin embargo, para el padre, todo aquel tránsito de ir y venir, encajan dentro de una formación de individuos unidos, muchas veces solicitando ayuda y protección.

- ¿Quién es su padre? -Aniceto Hevia. - ¿El Gallego? —preguntó el joven—. Asentí, un poco avergonzado del apodo: en la intimidad mi madre lo llamaba así y era para nosotros un nombre familiar. Allí resultaba tener otro sentido y casi otro sonido. Los hombres se miraron entre sí y el viejo habló de nuevo, siempre urgente, como si no hubiera tiempo que perder (Rojas, 1951: 70).

Este nombre que resultaba tan familiar para el policía, y también para los ladrones y todos aquellos privados de libertad, deja en evidencia que el vínculo externo se puede catalogar como una segunda familia que se da principalmente por las idas y salidas de la cárcel, y que trae como resultado una inequitativa distribución de tiempo con respecto a su familia nuclear.

En segundo lugar, la imagen de Aniceto Hevia (padre) es importante porque marca al protagonista con cuotas y heridas, que lo condicionan en la infancia y el futuro. En efecto, Aniceto es llevado a la cárcel con sólo 11 años de edad, siendo víctima no solo del despojo de su infancia, sino que además, de la violencia sufrida por el solo hecho de estar pagando su primera cuota:

No tenía ningún resentimiento contra el hombre cuyo nombre acababa de conocer; sospechaba que cumplía, como mi padre y como todos los demás hombres, un deber que no podía eludir sin dejar de ser obligatoriamente era; pero nuestros planos eran diversos debíamos mantenernos en ellos, sin pasar del uno al otro sino algunas veces, forzados por las circunstancias y sin dejar de ser lo que éramos: un policía y un hijo de ladrón: No era antipático, no se mostró ni violento ni insolente con mi madre y su conducta era su conducta. Sería para mí, en adelante y para siempre, el hombre que por primera vez me

llevó preso. [...] Al atardecer me junté con mi madre en la puerta de investigaciones y regresamos a casa. Había pagado la primera cuota (Rojas, 1951: 71, 90).

Esta desarticulación del mundo infantil deja a Aniceto sumergido en confusiones y responsabilidades que está dispuesto a asumir como acto de valentía, y que más adelante tiene como resultado la evolución del héroe y la redignificación de su ser. En efecto, las cuotas que Aniceto está dispuesto a aceptar por herencia del padre, actúan como una búsqueda angustiada de un sentido, de un valor que le permita asumir su condición de hombre. Al respecto, Fernando Moreno en “La existencia herida” (1981) expone que

Los viajes sucesivos que emprende el protagonista (y que en cierta medida reproducen el continuo ir y venir de su padre, obligado por razones “profesionales” o para escapar de la justicia policial) convierten al texto en representación de la vida como una larga carrera de obstáculos, una incesante adquisición de experiencias, una ininterrumpida batalla (Moreno, 1981: 235).

En relación a la segunda y tercera cuota, cabe mencionar que tienen directa relación con el carácter social y afectivo. La muerte de la madre que acaba con la vida familiar y la condena del padre crean en el protagonista un desamparo y una orfandad que se pudo haber evitado ante una posible intervención paterna. Es decir, si el padre hubiese cumplido su rol protector, la historia de los hijos no sería “solos y como puedan”, y sin duda alguna, no tendría como resultado la brusca salida hacia el mundo para conquistar un puesto en aquellos lugares olvidados:

No hubo ya quien diese solución ni quien diese nada. «Estoy atado de pies y manos», había dicho nuestro padre. Ahora estaba atado de todo y nosotros no estábamos mejor que él; en libertad, sí, pero ¿de qué nos servía? Si él no hubiese tenido oculto deseo de hacer de nosotros personas honorables y nos hubiera enseñado, si no a robar —lo que también hubiera sido una solución, como era la de muchos hombres—, a trabajar en algo por lo menos, nuestra situación habría sido, en ese momento, no tan desesperada; pero, como muchos, padres, no quería que sus hijos fuesen carpinteros o cerrajeros, albañiles o zapateros, no; serían algo más: abogados, médicos, ingenieros o arquitectos. No había vivido una vida como la suya para que sus hijos terminasen en ganapanes. Pero resultaba peor: ni siquiera éramos ganapanes (Rojas, 1951: 115, 116).

Para finalizar, la cuarta cuota tiene relación con la aceptación de la herencia paterna. Cuando Aniceto entra a la cárcel por una confusión, cae dentro de una encrucijada permanente de aceptaciones y rechazos. Esta postura no le es cómoda al héroe, y por tanto, trae como consecuencia un conflicto entre el individuo y la sociedad marginada. Es decir, el conflicto de Aniceto hijo, pasa por aceptar que tuvo un padre ausente en su rol y que dejó como herencia cuatro cuotas que la sociedad se encargó de hacerlas presente ante la privación de la libertad. Sin embargo, Aniceto sabe que es la última cuota, por lo que acepta su destino de ser hijo de ladrón, y tiene la esperanza de tener un mejor porvenir.

Palidieron las estrellas; un nuevo día avanzó hacia los seres humanos, hacia los presos y hacia los libres, hacia los enfermos y hacia los sanos, hacia los jóvenes y hacia los viejos, hacia los miserables y hacia los poderosos [...] Miré hacia el calabozo, que ya casi había

olvidado, y me sorprendió ver que todo su frente era una sola reja y muros sus otras partes; sus dimensiones eran iguales que las de aquel en que por primera vez estuve preso. Era necesario pagar las cuotas, de a poco, claro está, ya que nadie puede pagarlas de un golpe, salvo que muera: la primera fue aquélla; la segunda, la muerte de mi madre; la tercera, la detención y condena de mi padre; éste era la cuarta, si mi memoria no me era infiel. Algunos hombres estaban ya de pie y se acercaban a la reja, mirando hacia el patio como quien mira hacia un desierto; algunos de mis compañeros estaban entre ellos y me sonrieron; nos reconocíamos (Rojas, 1951: 206, 207).

2.3 Solos y como puedan

Convencionalmente hablando, en las mayorías de las sociedades los hermanos crecen juntos y pasan juntos gran parte de la niñez y juventud. Y la familia de Aniceto Hevia no fue la excepción en los primeros años, puesto que parte de su infancia fue tan honorable como la de cualquier familia digna de imitar: “viví con mis hermanos una existencia aparentemente igual a la de los hijos de las familias honorables que conocí en los colegios o en las vecindades de las casas que habitamos en esta o en aquella ciudad” (Rojas, 1951: 237).

Sin embargo, en *Hijo de Ladrón* las circunstancias familiares trajeron como resultado la huida de éstos para ir en busca de un mejor futuro. Después de la muerte de la madre, los hermanos se encuentran invalidados ante los ojos de los demás y llenos de soledad e incertidumbre ante una familia destruida, por lo que tienen que empezar a subsistir “solos y como puedan” de alguna u otra manera. “Los cuatro

hermanos, de pie en el patio, inmóviles y callados, parecíamos fantasmas. Los hombres pasaron frente a nosotros, sin mirarnos, como si no existiéramos, y se dirigieron hacia la puerta” (Rojas, 1951: 115).

El abandono del padre hizo que los cuatro hermanos tuvieran una salida abrupta al mundo, y tuvieran que empezar a pagar sus cuotas con lo único que como hijos de ladrón tenían: libertad y lágrimas. En este sentido, el único que se hace responsable ante esta radical situación, es Aniceto. Puesto que si bien, todos los hermanos se encontraban en igualdad de condiciones, es el protagonista quien carga con la herencia de estar desvalido en la tierra. El vínculo entre ellos, sin embargo, nunca estuvo quebrado. Aniceto entiende -si bien no en su infancia, sino a medida de su evolución- que cada uno tenía que subsistir como se pudiese, aunque esto implicara el abandono y sufrir la soledad por separado. Esta desaparición y repartición por el mundo no lo deja indiferente, y es recordada cuando rememora su infancia y el quiebre familiar:

Un día amanecí solo en la casa: ni Daniel ni Ezequiel llegaron a dormir. Sentí que había llegado el instante que temíamos: di una vuelta por el patio y entré a los dormitorios; miré los rincones, las puertas, las ventanas, los techos: en esa casa había vivido, hasta unos pocos días, atrás, una familia, una familia de ladrón, es cierto, pero una familia al fin; ahora no había allí nada, no había hogar, no había padres, no había hermanos; sólo quedaban dos colchones, dos frazadas, dos sábanas sucias y un muchacho afligido. Recogí una frazada, la hice un paquete que metí bajo el brazo y salí: si Daniel y Ezequiel regresaban, por lo menos tendrían dónde dormir y con qué taparse (Rojas, 1951:118).

Esta familia que ya no existe en el presente de Aniceto, siempre está rondando la cabeza del héroe como un recuerdo tierno, feliz y que lo dignifica como ser humano. Dignificación que vivió gracias a una madre, un padre, y hermanos.

Finalmente, Aniceto comprende que tuvo una vida familiar digna de rememorar en su presente cuyo recuerdo provoca nostalgia. Sin embargo, a través de su aprendizaje, logra superar, el aislamiento a que se ve sometido con la ruina de su familia y encuentra una comunidad que tiene como fin desvincularse de todo orden de cosas que causaron la destrucción de su vida pasada. En esta evolución es capaz de dormir la soledad y despertar el vínculo entre las personas, como lo fue con “El Filósofo” y Cristián, personajes que no hacen más que evidenciar la pérdida de importancia en los recuerdos de Aniceto, y cómo éste a lo largo va desechando la soledad y la incomunicación.

Manuel Rojas busca mostrar en la novela cómo el crimen, más que un legado familiar, es más bien el resultado de las condiciones sociales que perduran en los tiempos. Es decir, nadie puede elegir la familia en la que nace, porque de haber sido así, Aniceto seguramente no hubiese escogido la muerte de la madre, ni el abandono de que fue objeto en su infancia, mucho menos, estar rodeado de ladrones y asesinos. En este sentido, hay que cuestionarse la estructura de la sociedad y lo que hay que pagar por estar insertos en lugares olvidados, puesto que es difícil, muchas veces, elegir un camino diferente al de la pobreza que trae consigo enfermedad, vagancia, tristeza y desesperanza.

En síntesis, el aprendizaje de Aniceto en relación a la familia se propone como un paso que inicia en la ignorancia y que termina transformándose en una toma de conciencia de lo que la realidad le ofrece y lo que él puede aceptar o rechazar; es la familia quien le permite formarse y conocer cuál es su lugar en el mundo.



CONCLUSIÓN: Cierre y proyecciones

El presente estudio ha examinado la presencia de la nostalgia en una de las más grandes obras de la narrativa hispanoamericana moderna: *Hijo de ladrón*. Como premisa, se ha considerado la nostalgia como parte inherente de la naturaleza humana y como una configuración simbólica del individuo con sus emociones, deseos y esperanzas.

Desde las primeras páginas visualizamos al protagonista en un estado de confusión, pues su memoria ataca el presente de forma constante. En primeras instancias, se hace difícil encontrar algún objetivo de esta rememoración, pues los acontecimientos saltan de un hecho a otro, sin embargo, hay elementos que ayudan a vislumbrar el propósito que tiene este sentimiento anclado al tiempo y memoria. Con ello, se visualiza que la infancia y la familia de Aniceto Hevia son las principales causas de la existencia de una nostalgia temporal y social en el protagonista. Agregando, además, que el sentimiento nostálgico trae consigo un aporte en relación al aprendizaje que puede ejercer un sujeto marginado por su pobreza espiritual y material.

Este acercamiento crítico ha logrado comprobar el objetivo que se propuso en las primeras páginas. Se logró estudiar y analizar *Hijo de ladrón* desde una perspectiva más humana y bajo el sentimiento de la nostalgia, rompiendo la visión derrotista que se tiene de un concepto que muchas veces se confunde de definición.

En relación a lo anterior, la nostalgia se ha desprendido de los planteamientos convencionales. El sentirse exiliado de la felicidad trae consigo sentimientos nostálgicos, no obstante, la imposibilidad de alcanzar aquel pasado puede resultar como nuevas formas de aprendizaje en un futuro porvenir, restaurando así el presente y representando la nostalgia como una forma positiva, reconstructiva y de recuperación. Gracias al tratamiento de Rojas, se ha plasmado la belleza de un sentimiento que va más allá de la memoria negativa que paraliza sentimental y emocionalmente al individuo.

El logro de este objetivo se ha visualizado, además, gracias a la precisión en las perspectivas teóricas que se asumieron y en las maneras de abordar el material con el cual se trabajó. Por un lado, las aproximaciones y perspectivas nostálgicas ayudaron a conocer, comprender e introducir lo que sería más adelante, el análisis de la obra en cuestión. Por otro lado, hemos comprobado que la infancia condiciona a Aniceto a recordar de forma nostálgica su pasado, aun así cuando esta etapa fue cortada por la herencia que le ha dejado el padre. El no sentir vergüenza ni deseo de anularse en aquellos tiempos hace que solo se mantenga vivo en los recuerdos. Además, la pérdida de la casa que actúa como un espacio memorial que materializa el ritual del templo, y que es necesario proteger y actualizar para rememorar los

recuerdos familiares deja a Aniceto sumergido en la soledad y en la marginalidad. Sin duda, todo aquello nos hace pensar como lectores que el protagonista no tiene escapatoria ni salvación, sin embargo, a través de este análisis se ha rescatado la esperanza y el porvenir gracias a la aceptación de una condición que solo el héroe puede entender y afrontar de forma valiente. Es así como el acto de pagar de las cuotas, la muerte de la madre y la huida de sus hermanos dan el nacimiento y la fuerza a un sentimiento que es capaz de enseñar a través de los recuerdos y premiar a través del ejercicio memorial.

Hijo de Ladrón posee una riqueza (en el sentido más amplio de la palabra) que merece ser reivindicado en los tiempos actuales. Una novela que trata de cuestiones humanas y sociales, sin miedo a mostrar los lugares más ocultos del alma y los lugares más olvidados de la sociedad, no merece ser olvidada, ni mucho menos sacarla del plan lector actual que entrega el Ministerio de Educación.

Aniceto Hevia ha estado sumergido en constantes momentos de crisis (como en la enfermedad, soledad, incomunicación, o privado de libertad), sin embargo, hemos visto cómo la nostalgia y los recuerdos felices evaden el dolor de su presente y actúan como un factor esperanzador en el protagonista. Esta transformación de Aniceto nos hace pensar que la nostalgia como condición inherente del ser humano puede tomar un sentido bello y positivo, rompiendo de este modo, el común concepto de pérdida propiamente tal. Teniendo en cuenta esto, se puede considerar que todo ser humano, tal como el personaje, experimenta la nostalgia de una manera u otra, y que la manera en que tratamos con la nostalgia puede tener un gran efecto en nuestras

vidas, pues incluye una nueva visión y forma de relacionarnos con otros seres humanos.

En cuanto a la línea investigativa, cabe mencionar que a raíz de este trabajo pueden surgir más propuestas y aportes a este clásico que hoy estamos olvidando y que se hace necesario volver a hojear. La posibilidad de releer y tomar una perspectiva autobiográfica se hace presente, ya que si bien no es el interés que se presenta en esta aproximación al sentimiento nostálgico, si da cuenta de algunas cuestiones relacionadas a lo que Manuel Rojas vivió y que se presentan más allá de una mera casualidad con la novela¹⁴.



¹⁴ Por ejemplo, *Imágenes de infancia y adolescencia*. (1985) hay acontecimientos que se presentan tanto en la vida de Manuel Rojas como de Aniceto Hevia.



BIBLIOGRAFÍA

- Allier, E. (2008). Los *Lieux de mémoire*: una propuesta historiográfica para el análisis de la memoria. *Historia y Grafía*, N° 31, pp. 165-192, recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58922941007>
- Álvarez, I. (2009). *Novela y nación en el siglo XX chileno: Ficción literaria e identidad*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado
- Álvarez, M. (2014, noviembre). *Manuel Rojas y la novela: las formas de representar el pasado y la experiencia*. Ponencia presentada al XIX Congreso Internacional Sociedad Chilena de Estudios Literarios (SOCHEL). Universidad Católica de la santísima Concepción. Concepción, Chile.
- Álvarez, I; Massmann, S. (2011). Vínculo social e identidad en la primera narrativa de Manuel Rojas. *Estudios filológicos*, 47, pp.7-21.
- Amaro, L. *et al.* (2010). Los saberes ocultos: la infancia en los textos autobiográficos chilenos. *Acta Sociológica*, 53, 123-146.
- Bachelard, G. (1957). *La poética del espacio*. Buenos Aires, fondo de cultura económica.
- Barcia, R. (1979). *Primer diccionario general etimológico de la lengua Española*. Barcelona: F. Seix Editor. V3.
- Cabrera, RM. (1970). El pícaro en las literaturas hispánicas. *Actas del III Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, pp. 163-173

- Chevalier, J., Gheerbrant, A. (1986). *Diccionario de símbolos*. Barcelona: editorial Herder. Recuperado de: <http://es.slideshare.net/katecon2006/diccionario-de-los-simbolos-jean-chevalier>.
- Concha, J. (2004). Robar, trabajar, jugar en el primer Manuel Rojas. *Anales de literatura chilena*, número 5 (año 5), pp.89-97.
- Cortés, N. (1960). *Hijo de ladrón* de Manuel Rojas. Tres formas de inconexión en el relato. *Anales de la Universidad de Chile*. [S.l.], n. 120, pp. 193-202
- Derrida, J. (1997). *Mal de archivo*. Madrid: Trotta.
- Derrida, J (2001). “El cine y sus fantasmas”. *Cahiers du cinéma*, N° 556, recuperado de: <http://www.geocities.ws/patocelta/Audiovisual/Cine/cineysusfantasmDerrida.pdf>
- Freud, S. (1976). “Recordar, repetir, reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II)”, en *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu.
- García-Corales, G. (1999). Nostalgia y melancolía en la novela detectivesca de Chile en los noventa. *Revista Iberoamericana*, Vol. LXV, pp. 81-87.
- Gilardi, P. (2012). A propósito de la filosofía, la nostalgia y el dolor: una aproximación a Heidegger y Novalis. *La lámpara de Diógenes, revista de filosofía*, 24 y 25, pp.79-97.
- Goic, C. (1968). *La novela chilena. Los mitos degradados*. Santiago: editorial universitaria.
- Goic, C. (1960). “*Hijo de ladrón*. Libertad y lágrimas.” En: *Cien años de la novela chilena* (pp. 103-114). Concepción, Chile, Universidad de Concepción, Revista *Atenea*.

- Halbwachs, M. (1950). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza. Recuperado de: <http://cesycme.co/wp-content/uploads/2015/07/Memoria-Colectiva-Halbwachs.-.pdf>
- Heller, A. (1989). *Teoría de los sentimientos*. México D.F: ediciones Coyoacán.
- López, B. (1987). El aprendizaje de Aniceto Hevia. En: *Manuel Rojas: estudios críticos* (pp. 287-319). Santiago: Editorial Universidad de Santiago.
- Lukács, G. (1911). *Nostalgia y forma*. En: G. Lukács, El alma y las formas. Teoría de la novela. México: ediciones Grijalbo, pp.151-173.
- Marina, J; López, M. (1999). *Diccionario de los sentimientos*. Barcelona: Anagrama. Recuperado de: <https://es.scribd.com/doc/213737879/Libro-de-Los-Sentimientos>
- Moreno, F. (1981). La existencia herida. En: *Manuel Rojas: estudios críticos* (pp. 231-243) Santiago: Editorial Universidad de Santiago.
- Moxey, K. (2003). Nostalgia de lo real. La problemática relación de la historia del arte con los estudios visuales. *Estudios visuales*, N° 1, pp. 42-59
- Muñoz, M. (2007). Nostalgia, guerra civil y franquismo en la narrativa española de finales del siglo XX. *Filología y Lingüística*, XXXIII (2), pp. 113-117.
- Nardi, S., Sampaolo, M., Trotta, A., Pérez, G., et al. (2009). *Los lugares de la memoria*. Prólogo de Federico Lorenz. Buenos Aires: editorial Madreselva.
- Nómez, N; Tornés Reyes, E. (2005). *Manuel Rojas: estudios críticos*. Santiago: Editorial Universidad de Santiago
- Nora, P. (2009). *Pierre Nora en Les Lieux de Mémoire*. (Laura Masello, trad.). Prólogo de José Rilla. Santiago, Chile: LOM ediciones.

- Shumway, N. (1997). La nación hispanoamericana como proyecto racional y nostalgia mitológica: algunos ejemplos de la poesía. *Revista Iberoamericana*, LXIII, pp.61-67.
- Soto, R. (1992). De Martín Rivas a Hijo de Ladrón: transformación del mundo y aprendizaje subversivo. *Hispania*, Vol. 75, pp. 1139-1146.
- Steiner, G. (2004). *Nostalgia del absoluto*. Madrid: Siruela.
- Rodríguez Fontela, María de los Ángeles. 1996. *La novela de autoformación: una aproximación teórica e histórica al "Bildungsroman" desde la narrativa hispánica*. Kassel: Universidad de Oviedo Edition Reichenberg. pp. 47 y 48
- Rojas, M. (1951). *Hijo de ladrón*. Ed. Raúl Silva-Cáceres. Madrid: Cátedra
- Rojas, M. (1945). El socialismo y la libertad. *Babel. Revista de arte y crítica*. N° 30, pp. 133-136
- Rojas, M. (1948). Dos centenarios. *Babel. Revista de arte y crítica*. N°44, pp. 86-92
- Rojas, M. (1985). *Imágenes de infancia y adolescencia*. Santiago: Zig-Zag
- Valdivieso, J. (1975). Una nueva mirada. En: *Manuel Rojas: estudios críticos* (pp. 129-135) Santiago: Editorial Universidad de Santiago.